

JOSE ANTONIO RUIZ HERNANDO

LA ARQUITECTURA DE LADRILLO
EN LA PROVINCIA DE SEGOVIA
SIGLOS XII Y XIII



EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE SEGOVIA

arq

JOSE ANTONIO RUIZ HERNANDO

**LA ARQUITECTURA DE LADRILLO
EN LA PROVINCIA DE SEGOVIA
SIGLOS XII Y XIII**

SEGOVIA, 1988

CROQUIS: Dirección General de Bellas Artes.

Delegaciones del MOPU y del Ministerio de Cultura de Segovia. Alicia González, Fernando Jimeno, María Moreno Wagner y Villanueva y A. Ruiz

I.S.B.N.: 84-86789-19-2

Depósito Legal: SG. 83-1988

Imprime: HIJOS DE CARLOS MARTIN - Ochoa Ondátegui, 10 - Segovia.

A cuantos me han ayudado

PROLOGO

Desde hace mucho tiempo Antonio Ruiz Hernando tiene como ocupación primordial la de enseñar Historia del Arte en la Escuela de Arquitectura de Madrid.

La dedicación y rigor que pone en esta tarea trasciende del espacio y del tiempo donde enseña y convierte su vida en un ejercicio, mezcla de conocimiento y emoción por el arte y su historia.

Su labor de investigación callada y seguida nos va ofreciendo con la periodicidad que en cada caso precisa, aspectos y hechos desconocidos, que van ensamblando la Historia de Segovia.

Obras como "Historia del Urbanismo de la ciudad de Segovia" producto de quince años de trabajo continuo realizado en las principales fuentes de información, establece conceptos básicos perfectamente documentados sobre la evolución y desarrollo de la ciudad en los últimos ocho siglos.

Ahora Antonio Ruiz nos presenta un nuevo trabajo: "La arquitectura de ladrillo en la provincia de Segovia. Arquitectura religiosa. Siglos XII y XIII". El suelo como origen de todos los materiales, como plataforma donde se asienta la arquitectura, como fundamento del espacio habitado por el hombre. Los diferentes elementos arquitectónicos con que se componen estas construcciones, las influencias y por último la forma resultante que llega hasta nosotros a través del tiempo.

Así es el guión de este trabajo que se completa con un inventario riguroso de las Iglesias de ladrillo de la provincia de Segovia de los siglos XII y XIV.

El ladrillo, material básico con el que están contruidos este conjunto de iglesias segovianas, es uno de los elementos manufacturados más antiguos producidos por el hombre.

Desde los primeros adobes usados en Mesopotamia hasta nuestros días, han pasado miles de años y sin embargo el uso continuado del ladrillo como elemento constructivo sigue teniendo tanta vigencia como el acero, el hormigón o el plástico.

El ladrillo y la teja son formas geométricas tridimensionales y modulares combinables entre sí, parte fundamental de la arquitectura universal de todos los tiempos y el origen de la arquitectura prefabricada.

Por eso cualquier estudio histórico, técnico o estético que se haga sobre esta forma de construcción y los materiales que lo hacen posible será un trabajo que contribuirá no sólo al conocimiento de su historia, sino al perfeccionamiento de un sistema constructivo, con plena vigencia en la arquitectura contemporánea y posiblemente también en la del futuro.

CARLOS MUÑOZ DE PABLOS

INTRODUCCION

El objeto de esta introducción es una breve descripción de las principales áreas litológicas o tipos de roquedo, interpretando éstos como consecuencia de un proceso de evolución geológica y geomorfológica más amplio y complejo. La principal fuente empleada ha sido la cartografía geológica existente, de la que hemos intentado dar una lectura ajustada a la finalidad del trabajo.

*El área de estudio abarca desde la zona próxima al piedemonte o rampa de la Sierra, donde concluye el término de Segovia capital, hasta las latitudes cercanas al Coca, Nava de la Asunción, Carbonero el Mayor y Mozoncillo, comarcas caracterizadas por presentar una topografía ondulada en que ha sido tradicional la agricultura. A partir, aproximadamente, de las latitudes de los pueblos citados comenzaría otra comarca cuyas características principales son: zona altitudinalmente más baja que la campiña y topográficamente más llana, con ondulaciones laxas y con pinares, ligeramente aclarados de pino resinero (*Pinus pinaster*), y ejemplares de pino piñonero (*Pinus pinea*), como uso fundamental del suelo. El pinar a veces desaparece ante las roturaciones para cultivos, sobre todo cerca de los asentamientos. Este comarca termina al norte en latitudes próximas a Cuéllar, donde comienza al páramo de la parte próxima al Duero.*

Esta región se sitúa, pues, en el ámbito geográfico de la Meseta Norte, entre la Sierra y su piedemonte o rampa al sur y los páramos al norte, y se enlazan mediante la red fluvial que forma amplios valles, en los que se asienta la vegetación de rivera: chopos, sauces y los cultivos de huerta. Su límite no es claro ni exactamente lineal.

* * *

Dentro de este área de estudio podemos encontrar las siguientes áreas litológicas o grandes tipos de afloramiento, que por orden de antigüedad geológica serían:

1) Rocas de Edad Paleozoica: Rocas graníticas y metamorfizadas, gneises, pizarras y algunas cuarcitas. Se trata de rocas masivas y compactas, que constituyen una alineación que, con orientación aproximadamente paralela a la Sierra, SO-NE, va desde las inmediaciones de Balisa y Santa María la Real de Nieva hasta más allá de Bernardos. Las rocas graníticas dominan más en la parte sur, zona de Balisa y Tabladillo, mientras que en su parte más septentrional, Bernardos, dominan las rocas metamórficas, pizarras y gneises. Este afloramiento constituye un leve resalte topográfico de lomas más o menos laxas sobre las Campiñas, en el que apenas se percibe un cambio de usos del suelo y de paisaje con respecto a éstas, salvo en zonas concretas (Valle del Eresma). La extensión de este área litológica en el conjunto de la zona de estudio es muy pequeña. Los materiales que afloran son muy apreciados en la construcción, pero su aprovechamiento tradicional se ha visto dificultado por su penosa labor de extracción con los medios con que se contaba, así como su disgregación en muchas zonas. Actualmente existen importantes canteras en explotación en el área de Bernardos de pizarras con buenos resultados económicos, pero esto no siempre ha sido así.

2) Materiales Secundarios del Cretácico: Margas, calizas margosas y algunas arenas compactas afloran pudiendo alcanzar gran espesor. Se encuentran estratos plegados en la zona que va de Vegas de Matute

pasando por Segovia, Espirido, hasta Torreiglesias, fuera ya del área de estudio. Constituyen una estrecha banda en el borde sur que enlaza el piedemonte granítico-gneísico de la Sierra con la campiña. Los estratos pueden ser de gran espesor y se trata de rocas sedimentarias de facies marina, es decir, depositadas en lo que en el secundario constituían fondos oceánicos.

También aparecen pequeños afloramientos en algunos bordes de los afloramientos paleozoicos antes citados, zona de Armuña, Aragoneses, y Carbonero el Mayor.

Se trata de rocas que pueden ser bien aprovechadas en la construcción, pero en una situación marginal y por tanto algo alejada de buena parte de la zona de estudio, además muy frecuentemente su margosidad les hace tener poca dureza y ser fácilmente disgregables aparte de las dificultades que suponía su extracción. Las arenas han sido tradicionalmente sacadas de las cercanías de Segovia.

3) Materiales o Rocas de Edad Terciaria: Areniscas, arcillas, conglomerados, margas, calizas y yesos del Oligoceno. Conforman una banda adosada a los materiales cretácicos descritos anteriormente. Tienen una extensión reducidísima y presentan una naturaleza detrítica y desgregable por lo general, dispuestas como la anteriores en estratos. Rocas sedimentarias de facies lacustre.

Arcillas, conglomerados y areniscas del Mioceno, rocas sedimentarias detríticas no consolidadas, de facies lagunar o continental, y algunas arenas. Se trata de los materiales mayoritarios de las comarcas de la campiña, son de naturaleza detrítica y la predominancia de la arcilla redonda en la constitución de buenos suelos para el cultivo, además de la escasa pendiente. Las arcillas además hicieron que proliferasen en la zona frecuentemente los tejares que elaboran tejas y ladrillos de diferentes calidades.

4) Materiales de Edad Cuaternaria: Arenas arcóscicas finas, algunas pequeñas extensiones de arcillas, y limos y gravas finas con cantos cuarcíticos. Las arenas y arcillas, muchísimo más escasas, constituyen los

afloramientos de la comarca más septentrional de la zona de estudio o Tierra de Pinares.

Los limos y las gravas constituyen los materiales aflorantes en los valles de los ríos y sus terrazas.

Se trata, por tanto, de rocas sedimentarias diluviales y aluviales, constituyendo los materiales más jóvenes de la zona en la historia geológica, procedentes de la erosión más reciente, incluso actual de otros como los granitos y gneises de la Sierra y su piedemonte.

Las arenas arcóscicas provocan suelos ácidos de escaso espesor y riqueza constituyendo el pinar su principal aprovechamiento.

Los materiales que afloran en la zona de estudio, así como su disposición actual obedecen principalmente a los fenómenos acontecidos en una larga historia geológica al menos desde el Paleozoico, en su orogenia herciniana, hace aproximadamente 300 millones de años.

Estos fenómenos han obedecido fundamentalmente a la dialéctica o interacción simultánea entre dos tipos de fuerzas y factores, sobre la parte superficial de la corteza terrestre, en que se desarrolla la vida humana, que son las fuerzas y factores geológicos internos, o tectónicos, manifestados sobre todo en las orogenias y los externos manifestados sobre todo por los procesos climáticos y en el último siglo por la acción antrópica o humana, constituyendo agentes geomorfológicos dado que son los principales escultores del relieve actual y sus formas.

Analizando la evolución geológica de esta zona observamos que una de las claves de su configuración actual, parte de los fenómenos orogénicos más recientes en la historia geológica; los Alpinos que se producen en la era terciaria en su período oligorcen.

Estos plegamientos orogénicos encontraron materiales duros y compactos, el zócalo paleozoico, y no pudieron plegarlos. Ocurrió lo que pasaría con un material duro como el cristal si lo sometieramos a un fuerte empuje lateral, se fracturó en varias piezas o bloques. Al continuar el empuje este dió como resultado la elevación de una serie de bloques que constituirán el Sistema Central, y a su vez el hundimiento de otros que van a conformar la depresión de la Cuenca del Duero, en

que se halla el área que estamos estudiando, y sobre la que se depositarán los materiales sedimentarios terciarios y cuaternarios detríticos debido a que simultáneamente a la orogenia actúan los factores externos, climáticos sobre todo, que tenazmente desgastan los materiales de los bloques levantados para depositarlos transportándolos en las zonas deprimidas como el área de estudio.

El espigón de rocas cristalinas consistentes, Santa María de Nieva-Bernardos, obedece a un bloque levantado satélite de los de la Sierra, pero de menores proporciones que queda en resalte.

Los materiales cretácicos del borde, calizas, margas y arenas al ser más flexibles que los del zócalo se plegaron, probablemente constituyen orlas del piedemonte de carácter residual.

Los materiales sedimentarios Miocenos, arcillas, conglomerados y areniscas constituyen el relleno de la cuenca o concavidad proveniente de los bordes levantados, forman la campiña. Los materiales cuaternarios, de Tierra de Pinares, arenas arcósicas finas han sido depositados, a raíz de la erosión reciente, en la última era, muy probablemente de los materiales cristalinos montañosos, en una zona más deprimida de la cuenca, de tal forma que han tapado a los del terciario, siendo transportados por los agentes externos climáticos, posiblemente vientos.

Los materiales de aluvión son los depositados por los ríos en sus respectivos valles después de su arrastre y transportados, con el consiguiente desgaste: gravas, are-

nas, conglomerados y cantos cuarcíticos redondeados, de diferentes tamaños.

Como conclusión podemos afirmar que en la zona analizada dominan los materiales sedimentarios detríticos y no consolidados prodominando las arenas y arcillas. Esto es debido a que nos hallamos en una concavidad o cuenca sedimentaria y relativamente próximos a un área levantada, la Sierra, que está siendo y ha sido erosionada y desgastada, mientras que en la zona de estudio se depositan y han depositado esos materiales de desgaste.

Además, existen afloramientos de otras rocas como las calizas, margas y arenas de la era secundaria, período cretácico, con escasa extensión en el conjunto y una situación marginal. O las rocas plutónicas graníticas y metamórficas, pizarras-gneises en la zona de Santa María-Bernardos que constituyen un bloque levantado que tiene un gran interés geológico pero una extensión relativamente reducida, junto a una extracción humana históricamente muy limitada por sus características.

El predominio de arenas y arcillas supone que al ser junto a los depósitos aluviales los materiales que proporciona el medio local en la inmensa mayoría de los casos sean los elementos constructivos más utilizados en la zona a lo largo de la historia, en forma de abodes, tejas, ladrillos, mamposterías, etcétera.

**DIONISIO DIEZ MAYORAL
LUIS MORATO HERRERO**

CAPITULO I

REPOBLACION

LA REPOBLACION (1)

Durante el siglo IX se inicia la reconquista y repoblación de las tierras y ciudades del sector occidental del río Duero. La historia comienza con la toma de Zamora por Alfonso III en 893, a la que seguirán años después ciudades como Toro, Tordesillas y Simancas. Durante el siglo X, los condes castellanos llevaron la acción hacia la cuenca oriental del río; Roa, Osma, Aza y Gormaz. La repoblación avanza de una manera lenta pero progresiva hacia el sur, y para defender los vados y las calzadas se construyen una serie de castillos, como el de Peñalba o Mamblás, en el paso de Cuéllar y Coca hacia Dueñas.

Las miras estaban puestas en las tierras que, más allá del Duero, se extienden hasta el Sistema Central; los "extrema Dorii", tierras aptas para el ganado y cruzadas por las antiguas vías que ponían en comunicación las ciudades de ambas mesetas. La consolidación de las fortalezas del Duero provocaron la reacción islámica, pero el éxito de los cristianos alentó el establecimiento de algunos castillos y monasterios. Así, en 931 Fernán González dona al monasterio de Silos el de El Casuar y en 937 el de Santa María de Cárdaba a San Pedro de Arlanza, ambas heredades al norte de la provincia de Segovia.

Una vez más, Córdoba emprenderá una serie de cam-

pañías que habrían de finalizar con la derrota de Simancas, pero que, no obstante, pusieron en quiebra la empresa repobladora. Sin embargo, una vez pasado el peligro los cristianos regresarán a sus tierras y proseguirán el avance hacia el sur construyendo nuevas fortalezas. Por lo que respecta a Segovia, a finales del siglo X Maderuelo, a continuación Sepúlveda y, como avanza hacia la sierra, Castroserna, al tiempo que se establecían entre Sepúlveda y Sacramenia las bases de Castrojimenos y Castroserracín y se repoblaban las tierras de Sacramenia: Fuentesauco, Fuentepiñel, Fuente el Olmo, Hontalbilla, Fuentesoto y Fuentidueña. También a raíz de la batalla de Simancas, en 939, tuvo lugar la repoblación de Cuéllar, según Pérez de Urbel, por los condes de Monzón.

Todas estas tierras se verán sometidas a las campañas de Almanzor, quien a finales del siglo X arrasa lo recién poblado. En 977 ataca Cuéllar; en 979 asedia Sepúlveda; en el 983 asalta Sacramenia y un año después Sepúlveda. A la muerte de Almanzor quedaba arruinada la tarea repobladora al sur del Duero y despoblada la región norte de la provincia de Segovia. Habían de pasar algunos años antes de restablecerse el orden anterior. En 1011 el conde don Sancho recuperaba Sepúlveda, Maderuelo y Montejo, pero será a finales del siglo XI cuando a esta repoblación, llevada a cabo por condes castellanos, suceda la de Alfonso VI, a quien le cupo la gloria de consolidarla definitivamente. A finales del siglo XI y principios del XII, la zona nororiental, Ayllón, Alquíte y los valles de los ríos Rianza y Duratón. En 1076 otorga a Sepúlveda su famoso Fuero, que se ha de extender hasta lejanas tierras, al tiempo que donaba el priorato de San Frutos del Duratón al monasterio de Silos. La repoblación de Sepúlveda, centro de una importante escuela de románico, corrió a cargo del merino Pedro Iohannes.

Con base en las fortalezas de Peñafiel y Portillo, Alvar Fáñez emprendía la repoblación de Coca (1086), donde construyó el castillo, mientras que el conde Pedro Ansúrez hacía otro tanto con Cuéllar en 1093, fecha en que se mencionan Lovingos, Frumales y Vitoria. En 1112 el conde hacía donación del monasterio de San Boal, o San Baudilio, al de Dueñas. Las tierras de Cuéllar quedaban, pues, repobladas por el conde Ansúrez, tan vin-

(1) Para la repoblación, véase González, Julio: "La Extremadura castellana al mediar el siglo XIII". *Hispania. Revista española de historia*, t. XXXIV, 123, 1974; y Villar García, Luis Miguel: *La Extremadura castellano-leonesa, guerreros, clérigos y campesinos (711-1252)*, Valladolid, 1986.

culado a Valladolid, mendiante una serie de pueblos que llevan el apelativo Cuéllar: Moraleja de Cuéllar, Fuentes de Cuéllar, San Cristóbal de Cuéllar, Arroyo de Cuéllar, Campo de Cuéllar y Lastras de Cuéllar. A finales del XII y principios del XIII Cuéllar contaba ya con las numerosas iglesias que hacen de ella un centro significativo de arquitectura mudéjar.

A principios del siglo XIII un teniente de Cuéllar llamado Martín Muñoz repoblará la campiña, que fue aportada en dote por su mujer, Jimena Bezudo, dando su nombre y el de sus hijos a las nuevas poblaciones: Martín Muñoz, Blasco Muñoz, Gutierre Muñoz y Armuña. Otros individuos, de diversas procedencias, harán otro tanto con los pueblos situados en los abiertos campos, llenos de pinares, que se extienden entre Cuéllar y Segovia. Jemenuño (Xemen Nuño), Muño Pedro, Ochando (Ocendo), Chatún (Ecta Ortún), Gomeznarro, Moñivas (Munio Vivas), Sangarcía, Melque (Melic), Tolocirio (Duicidio), Anaya, Añe (Hanna Fannius), Chañe (ídem), Migueláñez, Madrona (Matredonna), Marugán (Maruan), Mudrián (Muño Adrián), Montuenga, Muñozeros, Sanchonuño y Villacastín (Castino).

El objetivo de los repobladores había sido dirigido desde un principio hacia las antiguas ciudades abandonadas situadas a los pies de la sierra: Ávila y Segovia. Segovia sería conquistada por Alfonso VI el año 1088, una vez tomada la ciudad de Toledo, encomendando la repoblación a su yerno, Raimundo de Borgoña, hecho que fue

consignado en los Anales Toledanos: “La çibdad de segovia fue muchos tiempos hierma e después pobláronla, era MCCXXVI”.

Repoblada desde su base o, más bien, dotada de una nueva organización jurídica, lo cierto es que Segovia renace para la Historia en dicho año.

Los numerosos pueblos y aldeas que surgieron, o se repoblaron, entre finales del XI y principios del XII contaban con un pequeño número de habitantes, y muchas de ellas quedarían despobladas poco después ante el avance colonizador que durante el siglo XIII llevaron a término los segovianos en las fértiles tierras andaluzas. Este movimiento emigratorio hacia el sur se vio compensado por otro inmigratorio proveniente del norte.

Pueblos y aldeas quedaban englobados en las denominadas *Comunidades de Ciudad, o Villa, y Tierra*, a cuyo frente se encontraba la localidad con mayor entidad, y algunas de las cuales han persistido hasta nuestros días: Segovia, Coca, Fuentidueña, Pedraza, Sepúlveda, Fresno de Cantespino, Montejo de la Vega de la Serrezuela y Ayllón. De todas ellas, la Comunidad de Ciudad y Tierra de Segovia fue la mejor organizada y de mayor extensión, adentrándose muy profundamente en el reino de Toledo.

El botín de las frecuentes cabalgadas que se hacían por territorio musulmán, la agricultura y la ganadería fueron las bases económicas de estos núcleos de población sobre los que se centra nuestro estudio.

CAPITULO II

MUDEJAR Y ARQUITECTURA DE LADRILLO EN SEGOVIA

Hace más de cien años que comenzó a hablarse de lo mudéjar (1), y así como han sido aceptados por historiadores de arte otros términos aplicados a expresiones artísticas, en lo relativo a lo mudéjar (2) se sigue todavía poniendo en duda su adecuación y lo que es más significativo, la propia identidad de la arquitectura *mudéjar*, sobre todo en el capítulo referido a los siglos XII y XIII en Castilla la Vieja y León.

La abundante y reciente bibliografía ha aportado numerosos datos sobre la arquitectura regional y local hasta ir completando el panorama, sin lo cual no se podrían tener las bases objetivas necesarias para llegar a profundizar, comprender y sintetizar este fenómeno artístico.

Es innegable que la primera imagen que en nosotros suscita el término “mudéjar” es la del mundo de las formas hispanomusulmanas, de la misma manera que la palabra “gótico” proyecta nuestra mente hacia elevadas y sutiles estructuras cerradas con cristal. Y en ambos casos hay algo de verdadero y de falso a la par, porque la forma puede ser islámica o gótica, pero el espíritu no, o al contrario. Esta dualidad es una constante en el panorama artístico español, no sólo en aquellos aspectos que dimanen de la fusión de las culturas cristiana y mahometana, sino en aquellos otros donde lo occidental aparece inmaculado, sin atisbo de contacto con lo islámico. Chueca Goitia se pregunta hasta qué punto es lícito ha-

blar de arquitectura gótica en España (3) y no menos interrogantes plantea denominar barroca a la arquitectura de la primera mitad del siglo XVII si se toma por paradigma la arquitectura italiana. Sin embargo son términos aceptados porque se refieren a una realidad específica del muy singular panorama artístico español, pero nadie se atrevería a establecer similitudes entre una fachada española del siglo XVII, adusta y plana, y las ondulantes y decoradas del barroco romano.

La historiografía llegó a admitir el término mudéjar rechazando otras voces propuestas, más o menos lógicas, para significar un extenso capítulo de arte español que alcanza su esplendor en los siglos del románico y del gótico, e incluso a identificar el vocablo con su acepción etnológica —todas las obras mudéjares habían sido hechas por mudéjares—, lo que es más que cuestionable.

No voy a entrar a estudiar el mudéjar español y por consiguiente el grado de verdad que, en determinadas regiones, pueda tener lo anteriormente dicho —muy válido para entidades como Andalucía y Aragón—, sí que en lo referente a la provincia de Segovia deberíamos denominar mudéjar, en sentido estricto, a aquel influjo de formas y soluciones constructivas musulmanas que se detecta en la arquitectura románica y, en segundo lugar, al período de arte que se desarrolla bajo la casa de Trastámara y alcanza su cenit en tiempos de Enrique IV. Pero no, curiosamente, a la arquitectura de ladrillo que cubre la zona suroccidental de la provincia —tierra de arenas y pinares—, tan distinta en lo geográfico y económico de aquella otra que riegan los ríos Riaza y Duratón, al borde de cuyas profundas hoces floreció un románico de piedra. Sin embargo, y para evitar confusiones, emplearé el vocablo mudéjar para este capítulo, por brevedad, sin que ello suponga la aceptación del término como referido a una singular forma de manifestación artística.

Pero hay más; posiblemente el estudio de lo mudéjar se ha visto dificultado en su análisis y comprensión a causa del magisterio de algunos historiadores, quienes ciertamente no lo quisieron, pero cuya autoridad y conocimiento, cimentada como toda empresa humana en

(1) Assas, M. de: “Nociones fisonómico-históricas de la arquitectura en España. Monumentos de estilo mahometano desde el siglo VIII al siglo XVI”. *Semanario Pintoresco Español*, 8 de noviembre de 1857.

(2) Empleo la forma “lo mudéjar” de la misma manera que Dors hablaba de “lo barroco”, es decir, como una constante en el arte español.

(3) Chueca Goitia, F.: *Historia de la arquitectura española: Edad Antigua y Edad Media*. Madrid, 1965, p. 295.

la verdad relativa, han impedido ver lo que la realidad nos ofrece de manera tan palmaria (4). No deja de ser sorprendente a este respecto que L. Haselberger haya descubierto recientemente los planos del templo de Apolo en Dídimos grabados en los muros del propio edificio, cuando tantos arqueólogos e historiadores han pasado años investigándole (5). Sorprende porque, sin duda, más de uno reparó en aquellas finas líneas, pero la evidencia era tal, el hecho tan patente, que la propia luz les volvía ciegos. Hay que tener el valor del joven arqueólogo para afirmar: ¡aquí están los planos de Dídimos!

El respeto a la autoridad establecida y el miedo al ridículo —algo tan profundamente hispano— nos condicionan hasta tal punto que los hallazgos han de justificarse una vez más en aquélla. Y de este modo, teorías que en su tiempo y contexto tuvieron validez y fuerza, con el uso indiscriminado por parte de los discípulos, han llegado a carecer de sentido, si no es que conducen al error.

¡Cuántas veces no habremos dicho: esto es de influjo oriental, toledano o jaqués!, expresiones al uso que sirven para encubrir nuestra ignorancia ante el reto suscitado por determinada obra, sin llegar a plantearnos la hipótesis de que tal vez sea al revés y de que no es necesariamente la primera obra conocida y estudiada aquella que primero surgió. Incluso soslayamos el problema que plantea el paso del tiempo, que destruye y borra testimonios y documentos que forman los eslabones de una cadena.

Intentaré, pues, exponer, con la mayor objetividad posible, que la construcción de ladrillo durante los siglos XII y XIII en la provincia de Segovia no es un capítulo singular de la arquitectura española, sino una variante dentro del estilo románico, como lo puedan ser sus escuelas. Si la entidad de un estilo se fundamenta en el

material, los capítulos de la Historia del Arte serían infinitos. Ni siquiera una forma o solución constructiva son significativas ni determinantes.

La actual provincia de Segovia, resultado de la división territorial de Javier de Burgos en 1833, incluye tierras que hasta entonces fueron de Avila y Valladolid y excluye otras que le pertenecieron. Soy consciente de que circunscribirme a una provincia por los límites fijados en el decreto de 1833 carece de sentido, pues no hay razones históricas o geográficas, ni de otra índole, que lo aconsejen, todo lo contrario, pero el fin que persigo es el de complementar los trabajos ya realizados sobre las provincias limítrofes (6).

La zona en que se manifiesta la arquitectura “mudéjar” de los siglos XII y XIII es el llano que se extiende, sin solución de continuidad, desde el pie de la sierra hasta las provincias de Avila y Valladolid, tierra de pinares, delimitada al este por una línea vertical imaginaria, que arranca en Zarzuela del Monte y termina en Lovingos, y al oeste y norte por la demarcación provincial. Dentro de esta zona hay municipios en los que no quedan restos; sí, por el contrario, en otros fuera de esta área, en sitios tan alejados como Maderuelo o Sepúlveda, pero siempre con carácter excepcional.

(4) Borrás Gualis, G.: *Arte mudéjar aragonés*. Zaragoza, 1978; Lavado Paradinas, P. J.: “El arte mudéjar desde la visión castellana”. *II Simposio Internacional de Mudejarismo*. Teruel, 1982.

(5) Haselberger, L.: “Planos del templo de Apolo en Didyma”. *Investigación y Ciencia*, n.º 113, febrero de 1986.

(6) Frutos Cuchilleros, J. C., “Arquitectura mudéjar en el partido judicial de Arévalo”. *I. Simposio Internacional de Mudejarismo*. Madrid-Teruel, 1981; Lampérez Romea, V., “Las iglesias mudéjares de Olmedo”. *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*, vol. I, 1903-1904, pp. 118-119; López, L. et al., *Guía del románico de Avila y del I mudéjar de La Moraña*. Madrid, 1982; Prieto Paniagua, M. R., *La arquitectura románico-mudéjar de la provincia de Salamanca*. Madrid, 1980; Siupot, J., “La iglesia de La Lugareja en Arévalo”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XI-XII. Universidad de Valladolid, 1935-36, pp. 89-97; Tovar, A., “Papeletas de arte mudéjar castellano. III. Iglesias de Olmedo, Mojados y Alcazarén”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, V. 1933-1934, pp. 183-190; Valdés Fernández, M., *Arquitectura mudéjar en León y Castilla*. León, 1984. (El estudio se centra en las provincias de León, Valladolid, Zamora y Palencia.)

PRERROMANICO E INFLUENCIAS HISPANOMUSULMANAS EN EL ROMANICO SEGOVIANO

Ya se ha tratado en líneas anteriores del debatido problema de la repoblación de la ciudad de Segovia, emprendida por Alfonso VI en 1088, y de cómo aquélla, según las tesis actuales, no partió de cero, sino de pequeños grupos de mozárabes y bereberes que vivían en aldeas dispersas —en número de siete, según el plano del geógrafo El-Idrisi—, que serán la base de la futura ciudad. La repoblación llevada a cabo por Alfonso VI, en la que tomaron parte gentes venidas de otras tierras, ha de entenderse más como la organización de aquellas aldeas bajo un régimen común —con obispo, concejo, murallas y mercado—, que como un simple acto de asentar población foránea.

Pedro Chalmeta (1) alude a los bereberes que habitaban en el valle del río Eresma, pero también hemos podido comprobar la existencia de mozárabes extramuros e intramuros de Segovia. Su presencia fuera de la cerca ha sido demostrada por Alonso Zamora, al efectuar excavaciones en el subsuelo de la iglesia de San Millán, y dentro de las murallas está confirmada por algunas noticias, ciertamente muy escuetas, suministradas por los fondos del Archivo de la Catedral y referidas a las iglesias de San Gudumián, San Cebrián y San Briz, las tres desaparecidas, pero cuya localización nos ha sido posible gracias a documentos posteriores.

También son escasas las fuentes acerca de la población musulmana. En 1152, en un intercambio entre Alfonso VII y el cabildo catedral, se menciona por vez primera la Almuzara. La Almuzara, es decir, el espacio reservado para los ejercicios ecuestres, no fue una crea-

ción debida a la nobleza repobladora, como pudiera sospecharse, sino la misma de la ciudad musulmana, como ya demostramos en un trabajo sobre urbanismo segoviano (2), cuyo nombre ha persistido hasta nuestros días en una recoleta calle, si bien no coincide exactamente con el área que ocupara durante la dominación islámica y Edad Media.

El segundo topónimo que permanece es el de Azoguejo —“mercado chico”—, término con el que se conoce desde el siglo XII la popular plaza en que se celebraba el mercado extramuros, situada en la parroquia de Santa Columba, centro vital de Segovia. Es lógico que la expresión “azogue chico” lleve implícita la de un “azogue grande”, al que efectivamente se alude repetidamente a partir de 1277. Estaba situado en la parroquia de San Miguel, intramuros, en lo que hoy es plazuela de la Rúa, donde aún se celebra el mercado de los jueves (3).

A estos testimonios hemos de sumar el capitel y columna encontrados en una casa de la Canonjía el siglo pasado, piezas que pasaron rápidamente a engrosar los fondos del Museo Arqueológico Nacional de Madrid (4), y poco más.

En cuanto a los musulmanes segovianos, las noticias son aún más parcas si cabe, ante todo, y frente a las muy numerosas de los judíos, porque eran gentes humildes que no tenían peso en la vida política, cultural y económica de la ciudad, y, además, porque, como es lógico, ha desaparecido en su mayor parte la documentación de aquellos siglos que podría suministrar noticias referentes a la aljama musulmana. Raramente censualistas del cabildo, no así los judíos, han de consultarse una gran cantidad de legajos para entresacar algunos nombres de musulmanes: Gibe y Haça, vecinos de la parroquia de

(2) Ruiz Hernando, J. A., *Historia del urbanismo en la ciudad de Segovia del siglo XII al XIX*, pp. 34-35. Segovia, 1980.

(3) *Op. cit.*, t. I, p. 38.

(4) Gómez de Somorrostro, A., *El Acueducto y otras antigüedades de Segovia*, p. 234. Madrid, 1820. El capitel está fechado en el 960, es decir, en tiempos de Abderramán III, y por su excelente labra bien pudo pertenecer a una mezquita, tal y como supuso el Marqués de Lozoya. No estoy de acuerdo con la hipótesis de Julio González de que hubiera sido traído de Córdoba con ocasión de las algaradas que frecuentemente hacían las mesnadas segovianas.

(1) Chalmeta, P., “Simancas y Albendega”. *Hispania*, XXXVI, p. 410, 1976.

San Miguel (1325); Mahomat, también vecino de la misma parroquia (1355); Aly Lobo, en San Martín, y Hansa, en la Almuzara (1373); Hamete y Abraham, frente a la Sinagoga Mayor, en San Miguel (1389). En los arrabales, Axa.

Breves noticias documentales en verdad, pero tan escuras noticias dejan percibir con claridad un desplazamiento de los musulmanes desde la zona contigua al Alcázar —en el área ocupada desde el siglo XII por las Canonjías— a las parroquias de San Miguel y San Martín, junto a la puerta del mismo nombre, para finalizar ya en el siglo XVI en la de San Millán, a extramuros.

La iglesia de San Millán, que a Quadrado se le semeja una gran abadía, está enclavada en medio de un típico caserío de ladrillo y entramado de madera hoy a punto de desaparecer. Extensas huertas —como la popular del Moro—, tejeras, caleras y minas de arena configuraban un barrio de trabajadores, donde tan sólo el palacio de los Ayala Berganza emergía sobre el resto del diminuto caserío.

San Millán es el templo más hermoso y grande del románico segoviano y un excelente ejemplo de la arquitectura castellana del siglo XII (5). Su construcción la fechó el Marqués de Lozoya en los años comprendidos entre 1111 y 1126, período en que reinó en Castilla Alfonso I el Batallador, rey aragonés que residió en Segovia. Se tiende a admitir esta fecha, así como la semejanza existente entre este edificio y la catedral de Jaca, a todas luces evidente, explicable por la presencia del rey aragonés en Segovia.

Es una iglesia de tres naves, con crucero no señalado en planta, pero sí en alzado, y tres ábsides escalonados. Las naves, en las que alternan pilares simples y compuestos, se cubren con madera, y los ábsides y tramos rectos anteriores, así como los brazos del crucero y éste,

con bóvedas y cúpula. A lo largo de los muros norte y sur se dispusieron sendos atrios.

Examinada la planta con cierto detenimiento, se puede observar la anómala disposición que ocupa la torre, adosada a la pared norte del crucero y enquistada entre el atrio y un cuarto ábside levantado en el siglo XIII. Anomalía que se extiende al propio muro del crucero, que presenta un fuerte esviaje, sólo justificado por la existencia previa de la torre, lo que obligó al constructor del edificio románico a torcerle para adaptarse a ella.

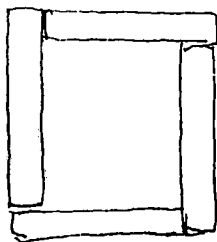
La torre de San Millán es un enigma y no ha merecido, sin embargo, la atención de cuantos han escrito sobre el edificio, atraídos, sin duda, por la fábrica de piedra:

“A esta fachada, la norte, hacia el crucero, está adosada la torre, que constituye una de las muchas singularidades del edificio, pues sus muros no guardan paralelismo con los de la iglesia. Es de pequeña planta y altura para templo tan suntuoso y consta de dos cuerpos, en disposición única en la ciudad. Al exterior, los revoques no dejan ver apenas nada de su estructura, pero al interior se aprecian bien los arcos de herradura de sus ventanas, apenas peraltados en un tercio del radio, sobre impostas cuyo perfil recuerda a lo mozárabe, singularmente a las de la iglesia baja de San Juan de la Peña. Es bien probable que esta torre, desviada del plano de la iglesia y tan pobre de construcción, proceda de un edificio más antiguo” (6).

Esta es la única descripción de la torre y a ella se han ceñido los historiadores posteriores. Es de planta cuadrada y de reducidas dimensiones. La fábrica, es de fuerte argamasa y rollo encofrado, para el que se emplearon grandes tablones. Cada dos metros de altura aproximadamente se interpone entre tapia y tapia una tabla o viga que se extiende por todo el frente y sobre ella apoyan rollizos que atraviesan el grosor de los muros. Estos se disponen de tal manera que solapan y su grueso forma parte del frente del muro colindante, tal y como se reproduce en el dibujo.

(5) Cabello Dodero, J., y Marqués de Lozoya, “La parroquia de San Millán de Segovia”. *Universidad y Tierra. Boletín de la Universidad Popular Segoviana*, n.º 1. Segovia, 1934; González Herrero, M., et al.: *El libro de la Catorcena. San Millán*, 1977. Segovia, 1977; Lojendio, L. M., y Rodríguez, A., “Castilla/2”. *La España románica*. Madrid, 1981

(6) Cabello Dodero y Marqués de Lozoya, *Op. cit.*, p. 10.



El primer cuerpo asciende sin releje hasta el de campanas, donde se produce un retranqueo. Cuatro ventanas en la parte alta del cuerpo inferior y otras tantas en el superior horadan las paredes. Su arco es de ligera herradura, muy abierta, y fue volteado sobre cimbras de diminutas tablas. Apea sobre impostas talladas en caliza, o fraguadas, de quebrado perfil, de las que tan sólo son visibles las de la ventana que sirve de acceso a los tejados, pues el resto están encubiertas por el enfoscado que sustituyó, hace algunos años, al primitivo. Es muy sorprendente que el Marqués de Lozoya, y, por supuesto, cuantos le han copiado, no reparara en la cubrición, tan ajena a todo el románico local. Se trata de una bóveda baída, fraguada sobre cimbras, de las que quedan restos en los ángulos, que apoya sobre nervios diagonales, de sección rectangular, sin clave común. Este tipo de bóveda nervada es de origen mozárabe y se empleó en otros campanarios en la provincia, de los que ya hablaremos, pero no queda ningún otro ejemplo en la capital.

La escalera es de madera: dos largueros sobre los que descansan los escalones formados por una viga aserrada por la diagonal. La puerta de ingreso, al interior de la iglesia, aparece transformada sin que podamos colegir su forma primitiva.

En 1977, al efectuarse obras de restauración en el edificio, se llevaron a cabo excavaciones en el ángulo noroccidental y en el atrio norte, durante las que aparecieron varias sepulturas que el señor Zamora juzga mozárabes (7). Todo parece, pues, abonar la existencia de un templo anterior al actual, cuyo resto más patente

(7) Zamora Canellada, A., "Sobre el subsuelo de San Millán, de Segovia". *Arte y cultura mozárabe*, pp. 182-192. Instituto de Estudios Visigóticos-Mozárabes de San Eugenio. Toledo, 1979.

es el campanario. Si es o no obra mozárabe es cuestión a debatir, lo que es evidente es que, aunque se tratara de una construcción del siglo XI, testifica, de una manera incuestionable, la existencia de iglesias anteriores o inmediatas a la repoblación, fuertemente influenciadas por la arquitectura mozárabe, como deja entrever su fábrica, el trazado de los arcos y cubrición del campanario.

Lojendio dice:

"Antes de la repoblación definitiva de Segovia en el último tercio del siglo XI, ya existía aquí una iglesia dedicada a San Millán, muy venerado en la Hispania del siglo X y XI, y de la que sólo ha llegado a nosotros la torre" (8).

Y más adelante, al hablar del campanario, afirma que el perfil de las impostas de las ventanas le "recuerda lo mozárabe" (9), aunque tampoco repare en la bóveda nervada.

De clara raigambre hispanomusulmana son la cúpula del crucero y varios detalles decorativos de la estructura del siglo XII. Se cubre aquel con cúpula de ocho paños, apeada sobre trompas y reforzada por nervios pareados, de sección rectangular, que arrancan de los lados y se cruzan dejando en el centro un cuadrado (10). En cuanto al aspecto decorativo, ha de reseñarse la tendencia al modelado plano y a la forma geométrica, así como los canecillos de rollos, muy comunes por lo demás a todas

(8) Lojendio, J. M., y Rodríguez, A., *Op. cit.*, p. 228.

(9) *Op. cit.*, p. 233.

(10) "Mayor difusión y desarrollo, en época más avanzada—segunda mitad del siglo XII y comienzos del XIII—, alcanzaron otras bóvedas de piedra con técnica constructiva y decoración románicas, inspiradas en las islámicas sobre arcos de resalto que se cruzan, dejando un espacio libre central. Una de las más antiguas entre las existentes es la que cubre el tramo central del crucero de San Millán, de Segovia, iglesia levantada hacia mediados del siglo XII. Su forma es esquifada y la refuerzan dos parejas de nervios o arcos de sección rectangular... Sobre planta dodécagonal y con reducidas dimensiones, repítase la misma disposición en la iglesia de la Vera Cruz, de Segovia, fechada en 1208"; Torres Balbas, L., "Arte Almohade. Arte nazarí. Arte mudéjar". *Ars Hispaniae*, vol. 4, p. 249. Madrid, 1949. Para Gaya Nuño, "El gallonado casi cairuani de las trompas cupulares se desdice de las lisas jaquesas". "Arquitectura y escultura románica". *Ars Hispaniae*, t. V, p. 305.

las iglesias segovianas, y el alfiz que encuadra la portada del atrio por su parte interna. Alfiz que arranca del suelo y se desplaza de la clave, motivo también frecuente en el románico civil.

La Vera Cruz es un templo cargado de sugerencias que ejerce fuerte atracción sobre aquellos que buscan ocultos simbolismos. Situada al borde del camino que asciende de Segovia a Zamarramala, su planta y disposición han suscitado controversias. Fue consagrada en abril de 1208, lo que dio pie a Lampérez para que juzgara moderno el resto del románico segoviano, y es uno de los pocos edificios que Lambert considera perteneciente a los templarios (11).

La planta es dodecagonal al exterior y circular al interior, si bien dividida en doce tramos (12). Va provista de tres ábsides al oriente y de un campanario que, originalmente, estuvo aislado del cuerpo de la iglesia. Al interior presenta la curiosa disposición de la nave que gira en torno a un cuerpo central, también dodecagonal, que consta de dos pisos: el inferior, cubierto con bóvedas de ojiva, y el superior, al que se sube por una escalera de doble ramal, por una bóveda sostenida por nervios pareados que arrancan de sencillas ménsulas y no se cruzan en el centro, en el que queda un rectángulo. La plementería está encalada. Esta bóveda, más tosca que la de San Millán, repite su modelo cien años después.

En el centro de la estancia superior se conserva una mesa de altar, en piedra caliza, cuyos frentes fueron decorados con arquerías de arcos entrecruzados que guardan cierto paralelismo con los de San Juan de Duero, en Soria, y cuyo origen se remonta a la ampliación de la mezquita cordobesa por Alhakan II (13).

(11) Lambert, E.: *L'architecture des templiers*, pp. 84-91. París, 1978. Para Lambert, la Vera Cruz habría sido construida por los templarios como un relicario para guardar el *Lignum-crucis* antes que para observar los estatutos secretos de la orden, como apuntaban Viollet le Duc o Lampérez.

(12) El origen de la planta de la Vera Cruz —un polígono de doce lados, formado por la rotación de tres cuadrados— habría de rastrearse en la arquitectura paleocristiana y bizantina (San Vital de Rávena), y ampliamente extendida por el mundo oriental e islámico (Cúpula de la Roca, en Jerusalén).

(13) Cabello y Dodero, F. J., "La iglesia de la Vera Cruz". *Estudios Segovianos*, III, pp. 5-28, 1951. Hay una edición apar-

También las iglesias de San Martín y de San Juan de los Caballeros acusan islamismo en la decoración plana y geométrica de la portada occidental y puerta de acceso al crucero, respectivamente. Ya volveremos sobre su estructura en el capítulo IV.

Por último, hemos de decir algo acerca de la arquitectura civil. Segovia conserva el grupo más numeroso de casas de estilo románico en España, agrupadas fundamentalmente en el barrio de Las Canonjías (14). En una fecha comprendida entre 1116 y 1122 el concejo de la ciudad cedió un terreno, junto al Alcázar, al cabildo catedral, que éste urbanizó y en el que levantó las viviendas ocupadas por sus miembros. Son casas espaciales y cómodas, provistas de jardín e incluso de agua corriente, y constan de dos pisos.

La puerta se abre en el extremo de la fachada y da paso al zaguán, desde el que se ingresa al patio. El acceso no se efectúa de una manera directa, sino haciendo un quiebro, ya que la puerta principal y el ingreso al patio están descentrados, según costumbre musulmana. El patio presenta pórticos en los lados más cortos, ordenación seguida, igualmente, en el mundo islámico.

Sobre la decoración pictórica de lazo que adorna las habitaciones ya hablaremos al tratar del capítulo de la pintura y esgrafiado, pero conviene resaltar otro rasgo muy peculiar de esta arquitectura y menos frecuente en la religiosa, como lo es el alfiz. Existen dos variantes: el que arranca desde el suelo y el que lo hace un poco por debajo de la línea de la imposta. En ambos casos se prolonga por encima de la clave. Le forma una moldura de sección rectangular, con bocales en los ángulos, que inscribe el arco en un rectángulo rematado por una cornisa de medio caveto que, en el caso más complicado apoya sobre una serie de canecillos. Poseen por-

te impresa en Segovia en 1968. Gudiol Ricart y Gaya Nuño, J. A., "Arquitectura y escultura románica". *Ars Hispaniae*, t. V, p. 315. Madrid, 1948. Lambert, E., *L'architecture des templiers*. París, 1978. Marqués de Lozoya, "Algunos antecedentes de la iglesia de la Vera Cruz, de Segovia". *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 58, pp. 5-19, 1954.

(14) Ruiz Hernando, J. A., "La arquitectura civil de estilo románico de la ciudad de Segovia". *Estudios Segovianos*, XXV, pp. 53-117, 1973.

tadas con alfiz las siguientes casas: número 9 de la calle de Daoíz (convento de las Siervas de María), número 30 de Daoíz, número 10 de Velarde, Casa de los Linajes, número 5 de la plazuela de San Estaban, número 1 de la calle de Covarrubias, número 2 de la plazuela de Avendaño/y número 6 de la calle de Eulogio Martín Higuera.

En cuanto a la arquitectura religiosa, el alfiz aparece en la portada norte de San Marcos, principal de San Martín, norte de San Andrés, la ya mencionada de San Millán y al exterior de la capilla de los Campo en la Santísima Trinidad.

Para finalizar, solamente unas palabras sobre el arco de herradura, tan ligado a la estética islámica y extraño, como de todos es sabido, al mudéjar castellano. Muy escaso en la arquitectura segoviana, no quedan sino contados ejemplares. En el santuario rupestre de la Cueva de los Siete Altares, de la época visigótica (15); en la fachada occidental de Santa María de Cárdaba (16); en el muro norte y en el atrio de la parroquial de Maderuelo; en un arcosolio de la de Martín Muñoz de las Posadas; como arco de descarga en la fachada occidental de San Salvador, de Sepúlveda; en las ventanas del campanario de San Millán; en la portada occidental de San Lorenzo (de ladrillo), y una ventana en la casa número 25 de la calle de Daoíz. Es esta última la pieza tal vez más curiosa en cierto sentido. Se trata de una gran ventana o puerta geminada con capitel románico sobre el que apea la salmer común a ambos arcos. Presentan también marcado orifentalismo los arcos lobulados del palacio y torre de Hércules, del siglo XIII.

Veamos ahora el caso de Sepúlveda, centro de primer orden en la concreción del románico segoviano. En el año 940 fue repoblada por el conde Fernán González con miras estrictamente militares, aprovechando sus

privilegiadas defensas naturales. Volvió a manos musulmanas por breve período de tiempo a raíz de una de las expediciones de Almanzor el año 984 y fue recuperada por Sancho García en 1010. Sin embargo es a Alfonso VI a quien debe Sepúlveda su definitiva consolidación:

“La dejó repoblada, y con su fuero, si no redactado todo de nuevo, al menos quedó definitivamente por escrito latino, integrada en una familia eclesiástica y con los muros de algunas iglesias levantados” (17).

El románico sepulvedano, punto clave en la génesis y evolución de esta arquitectura al sur del Duero, ha sido muy estudiado por E. Camps, Marqués de Lozoya, Guadiol Ricart y Gaya Nuño, Lojendio y Ruiz Montejo. Para esta última:

“La iglesia del Salvador de Sepúlveda y el templo del priorato Benedictino de San Frutos del Duratón, también en tierra de Sepúlveda, constituyen, junto con la iglesia de San Esteban de Gormaz, el núcleo románico más primitivo de la cuenca sur del Duero medio. Núcleo que, además, presenta una singularidad en el ámbito castellano: los pórticos de sus iglesias” (18).

La primera manifestación del románico, y cabeza de serie de un amplio grupo de templos que se extiende por toda la zona, llegando hasta Soria, es El Salvador, fechado en 1093. Iglesia de una sola nave, cubierta con bóveda de medio cañón sobre fajones y ábside cilíndrico con cascarón. Es el modelo a seguir por el románico rural segoviano, si bien simplificando su estructura: la bóveda es sustituida por armadura y la cuidada sillería de la nave por mampostería. El maestro constructor de

(15) Iñiguez Almech, F., “Algunos problemas de las viejas iglesias españolas”. *Cuadernos de trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma*, VII, pp. 61-62, 1955.

(16) Postigo Martín, M. S., “Santa María de Cárdaba. Priorato de Arlanza y Granja de Sacramenia”. *Estudios y Documentos*, XL, 1979. La donación de Santa María de Cárdaba a San Pedro de Arlanza tuvo lugar el 937. La autora considera que el muro del lado occidental es visigodo, vide, p. 61 y ss.

(17) Linaje Conde, A., *Hacia una biografía de la villa de Sepúlveda*, p. 73. Segovia. 1972.

(18) Ruiz Montejo, I., *El románico en tierras de Segovia*. Tesis doctoral inédita. No es oportuno entrar ahora en la debatida cuestión sobre el origen y función de los atrios. Sobre su génesis, puede consultarse el artículo de Inés Ruiz Montejo: “Focos primitivos del románico castellano, cronología y nuevos planteamientos de taller. Una aproximación a la problemática de los pórticos”. *Goya. Revista de Arte*, n.º 158. La autora se inclina a favor de la prioridad de el de San Miguel, en San Esteban de Gormaz.

El Salvador fue el creador de un taller, a manos de cuyos artesanos se bastardearon las formas constructivas y decorativas.

Ruiz Montejo distingue muy claramente entre el director de la obra, posiblemente un individuo de la región de León, y los canteros que labraron las cornisas y capiteles de extraordinaria rudeza. Junto con estos canteros debió de trabajar un reducido grupo de mozárabes que aportaron motivos decorativos como los arcos de herradura de uno de los capiteles, que pueden observarse en la Cueva de los Siete Altares, en la garganta del río Duratón, al oeste de Sepúlveda, de la que ya hemos hablado.

El campanario de El Salvador, separado del templo, cierra su cuerpo de campanas con bóveda de nervios cruzados sin clave común, solución que se repite en la misma villa en la iglesia de San Justo, si bien los nervios son de ladrillo y más rudimentarios, y en la ermita de Nuestra Señora del Barrio, en Navares de las Cuevas, población cercana a Sepúlveda. Chueca Goitia (19) y Gaya Nuño (20) establecen relaciones entre la bóveda de El Salvador y las del crucero de la catedral de Jaca y Torre Vieja de la de Oviedo:

“Medias columnas sirven de apoyos a dos arcos cruzados que son, sin fundir la clave, la más grosera y primitiva crucería imaginable” (20).

Aunque para estos autores la filiación de la bóveda sepulveda es aragonesa, su raigambre es, a todas luces, musulmana (21). Sin embargo, y en mi opinión, habida cuenta de que el mismo sistema fue empleado en la torre de San Millán, de Segovia, más cargada de mozarabismo en conjunto, sería lógico pensar no en la impor-

tación de soluciones constructivas, sino más bien en la existencia y continuidad del prerrománico en la provincia hasta enlazar con el románico pleno.

La importancia de mozárabes y mudéjares en la composición de la villa es puesta de relieve por Linaje Conde, quien aduce la numerosa presencia de éstos en el Fuero, pero está de acuerdo con Ruiz Montejo y Lojendio en que El Salvador no tiene un especial matiz mudéjar, aunque hubieran intervenido en la obra artesanos moriscos. Sin embargo, y es muy curioso, Lojendio atribuye origen islámico a las galerías porticadas —los populares atrios—, el elemento más característico del románico segoviano:

“Y refuerza mucho la idea de su progenie islámica el hecho concreto de que las galerías porticadas aparecen en Castilla en dos pueblos de fuerte concentración morisca: en Sepúlveda y en San Esteban de Gormaz” (22).

En resumen, la influencia islámica en Sepúlveda, centro clave del románico segoviano, queda reducida a ciertos detalles decorativos y a las bóvedas esquifadas de El Salvador y San Justo, puesto que la carpintería que cubrió las naves de San Justo, San Bartolomé y Santiago, fue sustituida por armaduras renacentistas en el siglo XVI, sin que podamos saber el grado de mudejarismo que posiblemente tuvieron las antiguas.

Al oeste de Sepúlveda, en los límites de la provincia, el monasterio de Santa María y San Bernardo, en Sacramenia, presenta influjo mudéjar en las tracerías de yeso que cierran el óculo del brazo sur del crucero y en otra conservada en la actual vivienda.

(19) Chueca Goitia, F., *Historia de la arquitectura española. Edad Antigua y Edad Media*. Madrid, 1965.

(20) Gudiol Ricart, J., y Gaya Nuño, J. J., “Arquitectura y escultura románica”. *Ars Hispaniae*, V, pp. 296-298. Madrid, 1948.

(21) De solución mudéjar la clasifica igualmente Torres Balbas, L.: *Op. cit.*, p. 249.

(22) Lojendio, L. M., y Rodríguez, A.: *Op. cit.*, p. 107.

CAPITULO IV

LA ARQUITECTURA DE LADRILLO. SIGLOS XII Y XIII

Si admitimos la proposición mudéjar igual a ladrillo, habremos de admitir que el mudéjar empezó antes del Islam y continúa todavía. Así, el mudéjar no se reduce a un período de tiempo, ni a un tipo, ni a una función; es una constante popular en nuestra arquitectura y artes aplicadas (1).

(1) “Parte Torres Balbás de una consideración del mudéjar como ‘arte popular’: ‘quedaba latente en el fondo del alma popular la huella de la vida y del arte islámicos, hondamente nacionales’, o bien, ‘enraizado en el alma popular, el mudejarismo persistió durante siglos a través de múltiples transformaciones artísticas, más o menos exóticas, que apenas lo rozaron. Y en ella se mantiene latente la afición a la riqueza decorativa, a la profusión ornamental, a la policromía violenta, unida a la repugnancia por todo lo clásico y equilibrado, esperando el momento propicio para crear un nuevo barroquismo’. Fenómeno barroco y anticlásico, de carácter popular, es de esperar no se olvide este carácter esencial hoy que se advierte la urgente necesidad de escribir la historia social del mecenazgo y de los encargos artísticos mudéjares, para la que existe base documental suficiente.

Desde luego para Torres Balbás el arte mudéjar no es un estilo; para este aspecto la formulación de Chueca Goitia es más explícita, y sobradamente difundida desde la aparición en 1965 de su *Historia de la arquitectura española*. Piensa Chueca que ‘el mudéjar no es un estilo propiamente dicho, si como tal se entienden un conjunto de características comunes que prevalecen en una serie de obras de arte durante un período dado y que desde sí misma evolucionan, transformándose gradualmente pero sin rupturas violentas’. ‘El mudejarismo es una actitud de la sociedad hispánica que se trasluce en el arte’. ‘Existen muchos estilos mudéjares, aunque sólo exista una actitud mudéjar, un metaestilo mudéjar’. Esto es lo único que nos autoriza a tratar de arte mudéjar como un todo: pero un todo más intencional que formal’. ‘Su espíritu perdura, ya con carácter de invariante, en la sensibilidad del pueblo español’.

Ciertamente que el mudéjar, en su esencia, no es otra cosa que la continuidad del arte musulmán en el mundo hispánico, tras la desaparición del poder político musulmán. Esta continuación se nos configura como un fenómeno de larga duración, y con una

El trabajo habría, pues, de iniciarse con el estudio de los primeros testimonios de construcción en tapial y ladrillo en la provincia de Segovia. Labor ésta reservada a los arqueólogos, ya que no hay arquitectura de la Alta Edad Media que sirva de nexo entre las viviendas de adobe de la Edad del Hierro excavadas junto al castillo de Cuéllar (2) y las aún existentes de la Edad Media que configuran su caserío, ni punto de enlace entre los gruesos adobes romanos, encontrados casi a los pies de la iglesia de San Martín, de Segovia, y la fábrica de la propia iglesia (3).

Con ladrillo, rollo y tapial se levantaron a lo largo de los siglos XII y XIII, murallas, fortalezas, iglesias, ermi-

evolución muy peculiar debido a su relativo aislacionismo. Ello fue advertido ya, como se ha dicho, por Amador de los Ríos, y sobre ello insiste Torres Balbás, con aguda perspicacia: ‘...sin más horizonte que el local, cultivando celosamente sus tradiciones, viviendo en las aljamas moras desligados de su civilización originaria, aislados artísticamente dentro de la sociedad cristiana, cuyo arte era totalmente distinto al suyo’. Estos condicionamientos históricos han provocado que tanto Torres Balbás como Chueca Goitia, ante la evidente falta de unidad, tanto sincrónica como diacrónica, se hayan pronunciado por una sistematización geográfica, que presenta también evidentes agrietamientos”.

El texto anterior, que nos resume el estado de la cuestión sobre el mudéjar, ha sido tomado de Gonzalo M. Borrás Gualis “El mudéjar como constante artística”. *I Simposio Internacional del Mudejarismo*, Madrid-Teruel, 1981, p. 37.

Las continuas referencias de Torres Balbás a “la vena del arte popular mudéjar”, en el panorama artístico español conllevan relaciones, más o menos intensas y palpables, con el arte hispano-musulmán. Sin embargo, y en lo que se refiere a Segovia —y únicamente al capítulo de la arquitectura de los siglos XII y XIII— hemos de ver un sistema constructivo occidental, de la fase denominada románico pleno, realizado con ladrillo, en la que solamente la ordenación de los muros, especialmente en los ábsides, es distinta a la de aquél en razón del propio ser del material que impone sus condiciones.

Planta, alzado y cubrición, incluso el concepto del espacio, son comunes a ambas escuelas, aunque, y con toda lógica la percepción visual es distinta.

(2) El arqueólogo Joaquín del Barrio, está llevando a cabo excavaciones en la explanada que se extiende ante el castillo de Cuéllar, en las que han surgido restos de un poblado de la Edad del Hierro construido con adobe.

(3) Excavaciones efectuadas por Alonso Zamora, en los últimos días del año 1985, en la calle de Melitón Martín, esquina a la Real.

tas y viviendas, éstas en gran parte desaparecidas. Edificios cuyo volumen se yergue en el centro del caserío urbano, en el que se integran, o se recortan limpios sobre las lomas de tierras llanas, rodeados de un mar verdiazul de pinos. La simbiosis del ladrillo con los dilatados horizontes malvas y azules es tan perfecta —así me lo parece— como la de la piedra caliza con los paisajes agrestes del norte de la provincia.

Ambas arquitecturas, la de piedra y la de ladrillo, son idénticas en planta, estructura y soluciones espaciales y por eso creo imprescindible decir algo sobre el románico segoviano, tan conocido y, paradójicamente, tan poco estudiado, salvo en lo que se refiere a la capital y a la villa de Sepúlveda.

“No podemos decir que la provincia de Segovia ostente los más bellos monumentos románicos de España. Ninguno de ellos alcanza la categoría de las catedrales de Salamanca, de Zamora y de Santiago, o de San Vicente de Avila. Pero lo que sí es cierto, es que en toda Europa no es posible citar una comarca que contenga tal cantidad de edificios del estilo, labrados en un largo espacio de tiempo, que va del siglo XI al XIV” (4).

En verdad que es difícil viajar por una región española y encontrar tal número de iglesias románicas. En cada pueblo, aldea o lugar, la parroquia o ermita fue construida en aquel estilo y cuando el templo se nos muestre gótico o barroco observemos con atención, pues cualquier portada, ventana o fragmento decorativo, delata a las claras la transformación de un viejo edificio.

El románico llegó a cuajar tan profundamente en la idiosincrasia segoviana que ahogó cualquier intento de renovación arquitectónica venida de fuera. El románico es el estilo segoviano por excelencia.

La arquitectura medieval se reduce, en Segovia, capital y provincia, al románico. Los ejemplares del Cister son contados y la ausencia del gótico casi total. El ejemplo de la girola de la catedral de Avila no tuvo eco y un largo silencio se extiende hasta el siglo XV, en que, a partir de la obra de Santa María del Parral, se produce

una eclosión, un florecimiento y gusto por la arquitectura de los RR.CC. que no lograría ahogar el renacimiento.

Además, casi todos los pueblos de la provincia recién poblados, habían levantado ya sus iglesias cuando irrumpió el gótico. Son, por lo general, pueblos pequeños que no necesitan de amplios templos de complejas estructuras y costosas fábricas, por lo que una simple nave cubre sobradamente las necesidades religiosas. Por otra parte, los cientos de iglesias construidas habían llegado a crear, por así decirlo, una escuela local o, cuando menos, a formar cuadrillas de canteros y albañiles que siguieron repitiendo los modelos consabidos inveteradamente hasta la consumación.

Sepúlveda y Segovia son los dos polos en los que surgen las primeras iglesias románicas y en torno a los cuales gravita una comarca, más o menos amplia, sometida a su influjo. El románico sepulvedano ha sido el más estudiado y el que más ha atraído a los historiadores del arte. Sus iglesias destacan por la rotunda nitidez del volumen; por la labra de canecillos y capiteles —máxima expresión de lo hispánico, según Gaya Nuño—; por el empleo de bóvedas y por su hermosa piedra dorada por el sol de los siglos. La unión de estas iglesias y el paisaje circundante es asombrosa, como dimandas del propio suelo en que está su raíz y cantera. Emergen sobre el caserío y se yerguen enhiestas a ambos lados de la profunda garganta del Duratón. Río abajo, en la villa de Fuentidueña, la labra de los capiteles, como depurada y bruñida por las aguas, es más fina y delicada.

No es nuestro cometido hablar de este románico, ni tendría sentido insistir en lo ya escrito, pero sí creo de cierto interés decir algo sobre el de la capital, necesitado aún de una profunda investigación ya que la atención de los historiadores se ha centrado en los buenos ejemplares, o mejor dicho, en la parte visible de ellos, relegando al olvido las estructuras, menos vistosas pero muy interesantes.

Segovia se repobló en 1088 lo que no significa, pues las noticias cada día lo confirman, que no existiera una población distribuida por siete aldeas dispersas que no llegaban a formar una ciudad. Una vez configurada ésta, los esfuerzos constructivos de los primeros repobladores se volcarían en la muralla y en las iglesias, amén de en sus propias casas. Al frente de las obras hemos de

(4) Marqués de Lozoya, “El románico en Segovia”. *Goya. Revista de Arte.*, núms. 43-44-45, Madrid, 1961.

suponer a D. Raimundo de Borgoña, yerno de Alfonso VI, y a D. Pedro de Agen, primer obispo de Segovia; los dos franceses.

¿Hay una ruptura, debida a la invasión musulmana, entre la Segovia visigótica y la de Alfonso VI, o una continuidad en muros de mozarabes, como en tantas otras regiones de España? Los documentos parecen más bien aseverar la presencia de mozarabes, pero ¿dónde están los testimonios materiales? Imposible intentar una reconstrucción literaria de las iglesias de San Gudumián, San Cebrián, San Briz o San Antolín, de las que no queda ni huella, pero sí llamar la atención sobre ciertos aspectos de San Millán, San Juan Bautista (o de los Caballeros) y San Martín e incluso sobre las menos notables de San Esteban y de San Lorenzo.

Ya hemos tenido ocasión de hablar del campanario de San Millán, de manifiesta raíz mozarabe, que sirve de nexo entre la arquitectura prerrománica y la del románico pleno en la propia iglesia. Curiosa es, igualmente, la planta de la iglesia de San Juan Bautista de tres naves, muy ancha la central y estrechas las laterales. y cabecera presumiblemente de un solo ábside, a la que se añadieron un crucero y los ábsides norte y sur. El aparejo irregular del muro sur, la estrechez de las naves laterales y el alzado de las arquerías —con tendencia a la herradura— son datos a considerar (5).

Más compleja se presenta la iglesia de San Martín, ya mencionada en 1103. Los tres atrios y la imponente fachada occidental, con las únicas estatuas columnas en toda la provincia, ocultan un interior muy primitivo. Dice Lojendio:

“La parte más antigua es, sin duda, el núcleo central, que es de estructura cuadrada y está dividido por columnas en nueve compartimentos, al modo que está también la famosa iglesia del Cristo de la Luz de Toledo. Esta estructura, ha de considerarse fundamentalmente prerrománica, de ese arte que tanto se considera visigótico o mozarabe, como arquitectura de repoblación” (6).

(5) Peñalosa, L. F., de, “La Iglesia de San Juan de los Caballeros”. *Estudios Segovianos*, t. II, n.º 4, pp. 93-123.

(6) Lojendio, L. M.; y Rodríguez, A., “Castilla / 2”. *La España Románica*, p. 255, Madrid, 1979.

En realidad, el “núcleo central” no está dividido por columnas en nueve compartimentos, sino por pilares compuestos contruidos con fábrica mixta de sillar y ladrillo, sobre los que voltean arcos fajones. Tan sólo la segunda línea de pilares, en las caras que miran al interior de la nave central, llevan adosadas columnas. También las llevaron la primera línea, pero fueron picadas al construir el actual coro gótico. El resto de los frentes de los pilares así como los correspondientes respaldos son pilastras.

He querido resaltar este hecho porque, en mi opinión, la estructura antigua era un cuadrado dividido en nueve tramos por cuatro pilares. Sobre el espacio central se alzaba un cuerpo (posiblemente un cimborrio). Al oriente debía de abrirse un sólo ábside, en el centro, como indica la tercera línea de pilares, que no son tales, sino los restos del muro de la primitiva cabecera. De esta primera iglesia persisten la disposición en planta y, posiblemente, los muros, como deja entrever el del lado sur, de grandes sillares en la parte baja y encofrado en la alta.

Posteriormente se horadó el muro oriental a ambos lados del ábside, se derribó éste y se levantó un crucero al que se abrieron los tres ábsides actuales, según el modelo románico. Tal vez entonces se añadieran las medias columnas de los pilares de la nave central para reforzar el sentido direccional de ésta. Mucho llamó la atención de Lampérez la forma de abovedamiento, que resulta perfecta por la disposición alternativa de los cañones y aristas.

San Juan, San Martín y San Millán, nos dicen de una continuidad entre el prerrománico y el románico pleno, continuidad que, en principio, no se produjo en Sepúlveda. ¿Cuáles son, pues, las diferencias esenciales entre el románico de Segovia y el de Sepúlveda? En mi opinión, el mayor grado de orientalismo en los templos segovianos, debido precisamente a esta persistencia ininterrumpida de la tradición constructiva, frente a la rotunda romanidad del sepulvedano, que brota sobre un terreno sin condicionantes, y la forma de cubrir; armadura en Segovia y bóveda en Sepúlveda.

No faltaban en Segovia buenas canteras, ni tampoco, es de suponer, medios económicos para voltear bóvedas. Sin embargo los segovianos prefirieron las armaduras de tradición musulmana, cuyas vigas, aún las de

mayor longitud y escuadría, podían proveer los cercanos pinares de Balsaín, que ha surtido a la construcción hasta nuestros días.

La armadura frente a la bóveda; esta es la cuestión.

De ambos polos, Segovia y Sepúlveda, irradian corrientes que abarcan los territorios vecinos y llegan a entrecruzarse, configurando escuelas menores. Por una razón de pura lógica, en la que interviene el fundamental papel que juega la economía y la demografía, los pueblos de menor entidad, las aldeas y los barrios levantaron sus parroquias siguiendo el modelo más sencillo: iglesia de una nave, con fábrica de mampostería, rematada por una sencilla cornisa volada sobre canecillos y cubierta con una armadura de par y nudillo con tirantes, o con la más sencilla de parhilar. La puerta se abre al lado sur y es la única parte donde se explaya la decoración, reducida a las arquivoltas de bocelos, que apean sobre columnas con capiteles figurados, y a las flores que decoran la rosca del arco. Al oriente de la nave se dispone la cabecera, compuesta por un tramo recto, al que da acceso el arco triunfal, adornado con semicolumnas y capiteles, y un ábside curvo en el que se abre una ventana. La cabecera también es de mampostería y las bóvedas que la cierran —de medio cañón y cascarón— de lajas fraguadas con mortero sobre cimbras. La sillería se limita a las esquinas, jambas, arcos y cornisas.

Un tipo más depurado es aquél que sigue, en líneas generales, el modelo anterior, pero dando mayor importancia al ábside. La nave de mampostería enfoscada contrasta con la límpida superficie del ábside de sillería, perfectamente escuadrada, cuyo cilindro se divide en tres paños mediante dos columnas adosadas. La línea de imposta de la ventana puede quedar reducida a su propio ser o abarcar toda la curvatura del ábside.

El ejemplo perfecto es aquel en que todo el templo está construido con sillares. Sin embargo, en la cubrición de la nave se siguió usando la armadura.

No faltan, por supuesto, iglesias de tres naves con sus correspondientes ábsides, más numerosas en la capital que en la provincia, y aún las muy extrañas de dos, que no son sino el resultado de adecuar el atrio primigenio para nave, proveyéndolo de un ábside propio a tal fin.

Abovedar la nave central fue el anhelo de los constructores románicos, hasta el punto de identificarse el me-

dio cañón con la arquitectura románica. Por el contrario la armadura responde a un estadio más primitivo —el primer románico— o a una solución propia de la arquitectura hispanomusulmana. Si aceptamos como tal la armadura de par y nudillo, en todo el románico segoviano, a excepción del muy reducido grupo de iglesias del foco sepulvedano, una de las principales partes de la estructura, la cubrición, es mudéjar, sin que esto suponga, salvo tal vez en el caso de Segovia capital, que hayan sido labradas por individuos de esta etnia.

Finalmente, frente a ambas escuelas se nos ofrece una tercera variante, tema principal de la presente investigación; la arquitectura denominada mudéjar, que prolifera por toda la zona occidental de la provincia, tierra llana de pinares, limítrofe de las provincias de Avila y Valladolid, con algunas obras aisladas en pueblos dispersos de la zona oriental. En gran parte, las iglesias mudéjares fueron sustituidas durante los siglos XVII y XVIII por otras barrocas, pero ciertos elementos secundarios que han permanecido enquistados en la nueva construcción, y sobre todo la arquitectura popular, permiten deducir, con un mínimo margen de error, que en todos los municipios que integran esta comarca hubo una o varias iglesias de aquel estilo (7).

(7) Los municipios en los que se encuentran edificios mudéjares, en sus distintas manifestaciones y épocas, son los que a continuación se reseñan y si bien en alguno no queda testimonio, debido a las transformaciones radicales que se han operado sobre el casco urbano en los últimos años, se incluyen porque están dentro de la zona, lo que hace más que posible la existencia preterita de alguna iglesia. Tal es el caso de Juarros de Voltoya, con iglesia y palacio de los que sólo restan fotografías.

Aguilafuente, Aldehuela del Codonal, Aldeanueva del Codonal, Aldea Real, Aragoneses, Anaya, Añe, Armuña; Arroyo de Cuéllar, Balisa, Bercial, Bernardos, Bernuy de Coca, Campo de Cuéllar, Carbonero de Ahusín, Carbonero el Mayor, Castilnovo, Chañe, Chatún, Ciruelos de Coca, Cobos de Segovia, Coca, Codorniz, Cozuelos, Cuéllar, Dehesa de Cuéllar, Domingo García, Donhierro, Escalona, Escarabajosa de Cabezas, Etreros, Fresno de Cantespino, Fresno de Cuéllar, Fuente el Olmo de Iscar, Fuentemilanos, Fuentepelayo, Fuentes de Cuéllar, Fuentes de Santa Cruz, Garcillán, Gomeznarro, Hoyuelos, Ituro y Lama, Jemenuño, Juarros de Riomoros, Juarros de Voltoya, Labajos, Laguna Rodrigo, Lastras del Pozo, Lovingos, Maderuelo, Madrona, Marazoleja, Marzuela, Martín Miguel, Martín Muñoz de la Dehesa, Martín Muñoz de las Posadas, Marugán, Mata de Cuéllar, Melque, Membibre,

Así pues, la provincia de Segovia queda dividida en lo artístico por una línea imaginaria que separa la edificación en piedra, al lado oriental, de la de ladrillo, al occidental. Línea imaginaria que responde, en gran medida, a una realidad geomorfológica y de paisaje, de la que derivan ciertas imposiciones, entre ellas la de los materiales. Por tanto es lógico iniciar el estudio del mudéjar por el análisis de la fábrica, aparejo y sistemas constructivos.

Tapial

Es sin duda el barro uno de los primeros materiales que el hombre utilizó en la arquitectura. El tapial, en cajas de 1 X 2 m. aproximadamente, no fue empleado en la arquitectura religiosa, pero sí en la militar —cerca exterior del castillo de Turégano, “paredones” de Ayllón— y en la doméstica —barrio de las Canonjías de Segovia.

Adobe

Tampoco se utilizó en la arquitectura religiosa ni en la militar, pero sí en la doméstica, tan extendida por toda Castilla. Su estudio presenta la dificultad de datación, debido precisamente a su uso continuado, pero es casi seguro que fue el material preferido en la arquitectura popular de la Edad Media, tanto en la capital como en la provincia.

Ladrillo

Es el elemento definidor por excelencia del “mu-

Migueláñez, Miguel Ibáñez, Montejo de Arévalo, Moraleja de Coca, Moraleja de Cuéllar, Montuenga, Mozoncillo, Mudrián, Muñozdro, Narros de Cuéllar, Nava de la Asunción, Navalmanzano, Navas de Oro, Nieva, Ochando, Olombrada, Ortigosa de Pestaño, Paradinas, Pascuales, Pinarnegrillo, Pinarejos, Pinilla Ambroz, Rapariegos, Remondo, Roda, Samboal, Sanchonuño, San Cristóbal de Cuéllar, San Cristóbal de la Vega, Sangarcía, Santa María de Nieva, Santiuste de San Juan Bautista, Segovia, Sepúlveda, Tabanera, Tabladillo, Tolocirio, Valdeprados, Vallelado, Valseca, Valverde, Vegafría, Villacastín, Villagonzalo de Coca, Villaverde de Iscar, Villeguillo, Villoslada, Yanguas, Zamanuamala, Zarzuela del Monte y Zarzuela del Pinar.

déjar”. Gracias a su producción en serie y a su forma regular puede ser empleado como módulo.

Piedra

a) La piedra de pequeño tamaño y el canto rodado fraguados con mortero de cal y arena dan como resultado el calicanto, masa continua, muy resistente y susceptible de ser moldeada. Fue por consiguiente muy empleado en la construcción, tanto de cimientos como de muros y bóvedas.

b) La inexistencia casi total de caliza en la zona de Santa María la Real de Nieva, Bernardos y Carbonero se suple con las cuarcitas y lajas de pizarra aparejadas de forma similar a la mampostería.

c) La sillería queda reducida a uno o dos ejemplos.

Fábrica mixta

La fábrica de piedra y de ladrillo es la más empleada en la arquitectura “mudéjar”. Más singular resulta el empleo de la sillería alternada con hiladas de ladrillo —parroquial de Maderuelo y San Martín de Segovia—, y el de mampostería recuadrada con ladrillo —restos del castillo de Fresno de Cantespino.

La mezcla de piedra y ladrillo posibilita múltiples variantes, tanto en el aparejo como en las formas constructivas. Dos torres del lienzo sur de la muralla de Segovia cuentan con un zócalo de granito, un cuerpo de sillería caliza y otro de fábrica mixta con arcuaciones de ladrillo. En el campanario de San Lorenzo, en Segovia, el cuerpo bajo es de mampostería y el resto de ladrillo. En el de San Andrés la mampostería alterna con verdugadas. En las tierras del llano coexisten el rollo y el ladrillo (ermita del Aguila, Balisa); la pizarra y el ladrillo (ermita de San Miguel Carbonero el Mayor); la mampostería y el ladrillo (Montejo de Arévalo) y el calicanto fraguado imitando aparejo de ladrillo (torre de San Nicolás de Coca).

El ladrillo suele quedar reducido a las esquinas, verdugadas, cornisas, ventanas y puertas. Cuan-

do el ladrillo predomina sobre la piedra, es decir, cuando la impresión de mudejarismo es más patente y perceptible, se limita a los ábsides y esquinas que les separan de la nave pero muy raramente llegaron a levantarse las paredes de la nave con este material, por lo que resulta insólita la del lado norte de San Andrés de Cuéllar, que además está adornada con arquerías ciegas.

Todas las construcciones están cimentadas sobre una base de calicanto, de mayor o menor espesor y altura, que rebasa en unos centímetros el ancho de los muros y siempre aflora en la cabecera. Sobre el cimientado se yerguen las paredes, de unos 80 cms. de grosor en la nave y de 150 cms. en el ábside. El espesor viene determinado por las cargas que hayan de soportar, mayores en la cabecera, siempre abovedada, que en las naves, por lo que en el caso de que éstas se cierren con bóveda se aumenta el grueso de los muros hasta alcanzar el de la cabecera. El alma del muro siempre es de calicanto.

La posibilidad de moldear la masa de calicanto hizo que fuera la fábrica preferida para voltear las bóvedas que quedan enjarjadas con el muro, al ser su alma también de calicanto fraguado, y por consiguiente no necesitan, salvo excepciones, de contrafuertes, pues funcionan como un todo continuo. Los ladrillos recubren el intradós de las bóvedas, tanto la del cascarón como la del tramo anterior del ábside, pero también pueden formar por sí solos aquéllas. En el caso de las bóvedas de cascarón se aparejan como los paralelos de una esfera, es decir por hiladas progresivas hasta formar la clave, y en las de medio cañón en sentido radial. En estos casos la presencia del calicanto queda reducida a los riñones de las bóvedas, en sustitución de los escombros, visibles en tantas obras medievales, con función de arriostramiento.

Las bóvedas pueden apoyar sobre arcos fajones cuya función tectónica, sobre todo en la cabecera, es más que dudosa, ya que el propio sistema de encofrado los hace inútiles y así pueden observarse en Velagómez o en la ermita de San Andrés, en Zarzuela del Pinar, los restos y huellas de arcos fajones que nunca tuvieron función mecánica y sí, exclusivamente, espacial. Un caso muy curioso es el de la iglesia vieja de Melque, en la que una vez cerrada la bóveda de la nave la proveyeron de arcos

fajones. El peso excesivo y la no adecuación del muro a la cubierta, además de otras causas, han provocado su ruina hace pocos años.

Las iglesias se iniciaban siempre por la cabecera, como es costumbre en la arquitectura medieval, e iban avanzando hacia los pies. Es necesario un trabajo más profundo que estas líneas para poder escudriñar el orden seguido en la construcción de templos, no obstante, aún con el riesgo que ello entraña y sin intención de generalizar, las ruinas de algunas ermitas e iglesias aportan datos de interés. En aquéllas, primero se levantaban los muros de la cabecera, que no llegan a enjarjar con los de la nave, indiferentemente de la fábrica o aparejo empleado, a continuación se proseguía con el muro norte, luego el occidental y finalmente el sur igualmente sin enjarjar entre ellos, de tal manera que el muro occidental solapa al norte y el sur al occidental. Al no quedar las esquinas atadas puede desprenderse un muro y desplomarse entero, quedando enhiesto el vecino. Un sistema más correcto es aquel en que el empleo de tapias permite ir superponiendo y cabalgando alternativamente las de uno y otro muro, hasta configurar un ángulo con una solución idéntica a la del ensamblaje de las cajas de madera

Pienso que este método, rápido y nada costoso, pues los materiales estaban a pie de obra, facilitaba así mismo los trabajos en el interior al quedar abierta la nave por el lado mayor, con una amplia y despejada entrada para materiales y desembarazado espacio donde desenvolverse.

La última etapa la constituía techar la nave con la armadura y proveer de teja a las cubiertas.

Un interrogante es el que plantea el solado original, tantas veces alterado y removido. Por lógica sería baldosa aunque también se empleó la pizarra (Santa Inés, en Bernardos).

El acabado de la mampostería y del calicanto no es muy grato por lo que fue norma general enfoscar tanto el interior como el exterior y simular un despiece de sillares pintados, de línea sencilla o doble, en el enlucido interior.

Mayor complejidad presenta el tratamiento del ladrillo. Aún hoy día se siguen destruyendo los enfoscados

que recubrieron las bóvedas y paredes de labrillo para dejarlas vistas. Nada más querido a la estética del mudéjar que el gusto por la bicromía blanco-roja en un interior. El análisis minucioso del muro y el acabado de las llagas permite saber cuando el ladrillo estuvo visto o cubierto. La llaga a haces con la superficie del paramento, sin bruñir ni retocar, es señal de que estuvo enfoscado todo él. La llaga bruñida o de perfil quebrado indica que el ladrillo quedaba visto. De esta manera se trataron los arcos triunfales; arquivoltas y jambas de ventanas y puertas; arquerías de separación de naves —excepto las enjutas—; alfices; líneas de imposta y cornisas. La llaga puede llegar a soluciones caprichosas e incluso reforzarse con una línea de color negro. El tratamiento más peregrino —de clara raíz islámica— es el de recubrir el ladrillo, que habría de ir visto, con una fina capa de yeso donde se pinta, a su vez, un despiece de ladrillos. El ejemplo más famoso y conocido es el del castillo de Coca, obra ya del siglo XV.

La disposición en planta responde a las constantes del románico segoviano: una o tres naves sin crucero. Preferida es la de iglesia de una nave, pues, cumple, con un mínimo económico y sin grandes problemas de orden constructivo, el cometido litúrgico. Es la empleada así mismo, salvo excepciones, en las ermitas. El ábside, puede ser cuadrado —muy abundante en las ermitas— o curvo. La decoración queda reducida a la portada, abierta en el lado sur u occidental, y a la cabecera que en los casos más ricos se adorna con arquerías y recuadros ciegos de ladrillo, lo que configura una superficie poligonal al exterior, con un número de lados variable.

La planta de tres naves fue la elegida para edificios de gran entidad. Tan sólo recuerdo un caso en que se haya utilizado para ermita; el Cristo de la Moralejilla en Rapariegos. Dividen las naves arquerías de medio punto, dobladas —nunca de herradura— que apoyan sobre pilares. Estos son prismáticos y con los resaltes necesarios para la dobladura de los arcos y alfiz que separa las arquerías. No presentan crucero en planta, aunque puede señalarse en alzado mediante el distinto tratamiento del tramo anterior a la cabecera, ya por su reducción o por la mayor altura de la arquería.

El arco voltea limpiamente, sin solución de continui-

dad, o interrumpido por una imposta de nacela. El muro sobre la arquería es liso y más raramente se decora con recuadros u horada con ventanas.

Se cubren las naves con armaduras y a veces con bóvedas. La cabecera siempre con bóveda. Una solución realmente interesante es la que presentan algunas iglesias de Cuéllar: nave central con armadura y laterales con medios cañones sobre fajones. Solución feliz, por cuanto debido a la estrechez de las naves laterales la luz de la bóveda es muy pequeña y la presión de las cargas oblicuas también. Por otra parte al fraguarse la bóveda con calicanto, como un todo continuo, actúa en realidad como un contrarresto de la nave central que a pesar de ir cubierta con armadura, dada su anchura y esbeltez de los pilares, podría haber sufrido desplomes. Puesto que las tres se levantan casi a la misma altura, el tejado es a dos vertientes de grandes faldones, sin que se produzca el escalonamiento lógico en las iglesias de tres naves.

Las armaduras son de par y nudillo con dobles tirantes. No ha llegado ninguna de la época —salvo la excepcional de San Millán de Segovia— pero hemos de suponer que serían así recién construidas, dada la extensión y desarrollo que alcanzaron hasta bien entrado el siglo XVI. Las naves laterales se cubren colgadizo.

El ábside siempre lleva arquerías ciegas en el tramo recto, que, aparte de su valor decorativo, ejercen una función mecánica al doblar el muro sobre el que apoya la bóveda de medio cañón.

Un elemento diferenciador entre las fábricas de piedra y las de ladrillo es que en éstas la curvatura y bóveda del ábside se inician con un arco, a modo de fajón, algo totalmente desconocido en las de piedra.

En cuanto a los alzados exteriores, tanto en las iglesias de una como de tres naves, la ordenación a base de arquerías ciegas, recuadros o bandas de ladrillo aparejado de distinta forma, se centra en la cabecera. A lo sumo, los muros norte, sur y occidental pueden presentar sencillas bandas de ladrillo, que no llegan a romper la superficie plana, frente a la cabecera cuyas arcuaciones quiebran la curvatura del ábside y producen un acusado contraste de luz y sombra, acrecentado por la bicromía blanca roja. En este aspecto juegan un papel fundamentalmente las cornisas de ladrillos dispuestos en esquinillas.

Aunque es lo normal, resulta chocante dejar desnudos los muros de la nave y por consiguiente es insólito el tratamiento de la pared norte de la iglesia de San Andrés de Cuéllar, donde tanto el interior como el exterior está por completo recubierto de arquerías y recuadros.

Por lo que respecta a los motivos decorativos sería inútil, pues nada nuevo aportaría, hacer una relación exhaustiva de los modelos originados a partir del aparejo del ladrillo, comunes a toda Castilla, pero sí señalar la ausencia casi total de arcos, decorativos y constructivos, de herradura, polilobulados y entrecruzados, lo que afirma, una vez más su impronta occidental.

¿Podemos hablar de una arquitectura singular, con soluciones constructivas y espaciales propias? Se ha debatido tanto la cuestión que parece innecesario y aún contraproducente plantearlo una vez más. No voy a entrar en terreno ajeno, el de la arquitectura de Aragón o Andalucía, ni siquiera en el de las provincias limítrofes, consciente sin embargo de que la actual división administrativa no responde a la realidad histórica, ni puso límites a la movilidad de las cuadrillas de albañiles, pero sí intentar ver los puntos de contacto y las diferencias que esta modalidad arquitectónica mantiene con la contemporánea local.

El mudéjar es una arquitectura anónima, tanto como lo pueda ser el románico segoviano, pero más difícil de fechar, puesto que la ausencia de decoración figurada impide establecer paralelismos y relaciones. Hay en la provincia una extraordinaria floración de iglesias románicas de los siglos XII y XIII, y algunos ejemplares de cister, pero nada de gótico de los siglos XIII y XIV. Ha de esperarse hasta bien entrado el siglo XV para que se produzca la eclosión del gótico en manos de Juan Guas. 1450, fecha en que se inicia la construcción de Santa María del Parral, señala el comienzo de una fructífera etapa gótica que se ha de prolongar en el renacimiento.

Otro tanto podríamos decir de la arquitectura en ladrillo. Hubo una gran actividad durante los siglos XII y XIII, una ausencia total en el siglo XIV y un despertar, auténticamente mudéjar, a partir del siglo XV. Así, pues, las iglesias de ladrillo se levantan al unísono de las de piedra y desaparecen cuando el románico y cister se han agotado. No las hay durante el siglo XIV y primera mitad del XV —excepto el caso de la parroquia de Santa

María de la Nieva— porque tampoco las hay en piedra.

Se ha visto en los ábsides de San Tirso, en Sahagún, o en la cabecera de San Pedro de Dueñas, la continuidad lógica en ladrillo de una obra comenzada en piedra. No recuerdo ningún caso similar en Segovia, pero una comparación entre iglesias de ambos tipos podría resultar interesante. Veamos los modelos y después co-tejemos semejanzas y diferencias:

San Quirce, Segovia

Iglesia de una nave, de mampostería, cubierta de madera. Abside de mampostería abovedado. Empleo de la sillería en huecos y cornisa.

San Pedro de los Picos, Segovia

Iglesia de una nave, de mampostería, cubierta de madera. Abside de mampostería abovedado. Empleo de la sillería en los huecos y cornisa. Empleo del ladrillo en el arco triunfal y en las esquinas donde entestan el ábside y el tramo anterior recto.

Santa Inés, Bernardos

Ermita de una nave, de mampostería, cubierta de madera. Abside de mampostería abovedado. Empleo del ladrillo en los huecos y cornisa.

San Justo, Segovia

Iglesia de una nave, de mampostería, cubierta de madera. Abside de fábrica mixta abovedado. Empleo de la sillería en los huecos y cornisa de la nave. Empleo del ladrillo en el arco triunfal, ventana y cornisa del ábside.

San Clemente, Segovia

Iglesia de una nave, de mampostería, cubierta de madera. Abside de sillería abovedado. Ordenación del ábside mediante arquerías ciegas al exterior, cornisa de canecillos.

Parroquial de Zarzuela del Monte

Iglesia de una nave, de mampostería, cubierta con madera. Abside de ladrillo abovedado. Ordenación del ábside mediante arquerías ciegas al exterior. Cornisa de canecillos.

Parroquial de Villaverde de Iscar

Iglesia de una nave, de mampostería, cubierta de madera. Abside de ladrillo abovedado. Ordenación del ábside mediante arquerías ciegas al exterior. Cornisa de ladrillo.

El Salvador, Sepúlveda

Iglesia de una nave. Sillería y bóveda en todo el edificio. Bóveda en la nave sobre muros compuestos. Atrio en el lado sur cubierto con madera.

San Esteban, Nieva

Iglesia de una nave. Ladrillo y bóveda en todo el edificio. Bóveda de la nave sobre muros compuestos. Atrio al lado sur cubierto con bóveda.

San Millán, Segovia

Tres naves sin crucero en planta. Sillería. Madera en las naves y bóvedas en la cabecera. Ordenación de los muros de los ábsides.

San Martín, Cuéllar

Tres naves sin crucero en planta. Ladrillo. Madera en las naves y bóvedas en la cabecera. Ordenación de los muros de los ábsides.

Analicemos el primer grupo, compuesto por San Quirce, San Pedro, Santa Inés y San Justo. San Quirce es románica, San Pedro también, pero con un tímido empleo del ladrillo, Santa Inés es mudéjar y en San Justo la nave es románica y la cabecera mudéjar.

Veamos el segundo grupo: San Clemente y las parroquiales de Zarzuela y Villaverde. San Clemente es románica, Zarzuela, mudéjar pero con la cornisa románica. Villaverde, mudéjar.

En el tercer grupo se incluyen El Salvador de Sepúlveda y San Esteban de Nieva. El Salvador es el ejemplo perfecto de románico en la provincia. Nieva lo es de mudéjarismo, con idénticas soluciones constructivas y de ordenación del muro que aquel.

Por último San Millán de Segovia y San Martín de Cuéllar responden a la misma distribución en planta, ordenación muraria y sistema de cubrición.

¿Cuál es, pues, el elemento preferencial, aquél que asigna y encuadra la obra en una u otra tipología? Indudablemente el ladrillo, y siendo así resulta un tanto difícil asignar a San Justo, o a otras iglesias en que aparecen capiteles y columnas de piedra, en uno u otro grupo, porque de ambos participan por igual. Y no es que se trate de uno de aquellos edificios en que plantas tradicionales se cubran con soluciones nuevas, o lo sean ciertas formas decorativas. No; San Justo es idéntico en todo —planta, alzado y espacio— a San Quirce, como idénticas son las restantes iglesias entre sí. Tan sólo las diferencia el material y la ausencia de decoración figurada, debida a la forma específica de éste, pero recordemos que también el sillarejo, en el románico lombardo, no permite la talla.

Podría objetarse que en las románicas el muro de mampostería se eleva sin solución de continuidad, frente al empleo de las tapias en las mudéjares. Ahora bien, el área por donde se extienden éstas es aquella en que no hay canteras de caliza o de granito que pudieran suministrar buena mampostería o sillería, sino pizarras, cuarcitas y rollo, amén del ladrillo, y es claro que ni las lajas de pizarra ni el rollo pueden trabajarse como aquéllas. Precisan de un resistente mortero de cal y arena para trabarlas, de aquí la necesidad del encofrado por tapias. Es decir, el material impone la técnica constructiva.

La armadura de par y nudillo, de dobles tirantes, se considera como una forma de cerramiento típica de la carpintería hispanomusulmana, en cuyo caso todo el románico segoviano, excepto la zona de Sepúlveda, que prefiere la bóveda, no hace sino seguir fielmente una práctica común a la arquitectura hispanomusulmana. Por el contrario la bóveda, elemento esencial en la concreción del románico pleno, no redujo su campo a Sepúlveda, sino que se extendió, curiosamente, a las iglesias de ladrillo, lo que en principio carece de sentido, si conside-

ramos en abstracto los tipos, pero no de lógica si nos atenemos a la realidad. ¿Cómo explicar esta aparente anomalía?

El rechazo o elección de la bóveda en una u otra variante arquitectónica responde a una cuestión económica y funcional. Tallar la piedra en forma de dovelas es más costosa y lenta que utilizar madera —por otra parte tan abundante en la provincia— pero fraguar bóvedas o hacerlas de ladrillo es más rápido y barato. Y así nos encontramos con que la bóveda se empleó en las iglesias de ladrillo y que en Segovia entre las iglesias de piedra sólo se intentó abovedar la Santísima Trinidad, pero con tan mal resultado que se desplomó casi de inmediato.

¿No es muy significativo que se haya restringido la bóveda nervada, de tan gran tradición califa, a grandes y complejas estructuras del románico de piedra y no aparezca en el mudéjar, lo que sería mas coherente con la propia estética?

Pero donde se demuestra de manera fehaciente que las iglesias de ladrillo son idénticas a las de piedra es en el atrio. El atrio es una aportación segoviana al románico castellano y lo que le singulariza a nivel nacional, aunque se extienda por sus provincias limítrofes. Como tal no podía faltar en las iglesias de ladrillo, y ha llegado, como sus hermanos de piedra, destinado a otras funciones muy distintas de aquellas para las que fue pensado. Aún quedan dos íntegros y restos de otros varios: el de San Esteban de Nieva, de anchos arcos apuntados, y el de Ntra. Sra. de la Asunción en Pinarejos de arcos de medio punto sobre capiteles y columnas de piedra. El primero, abovedado, resulta, en parte por ello, denso y cerrado. El segundo es más ligero, más similar al de sus congéneres en piedra, pero necesitó de sus columnas y capiteles. Así debió de ser el desaparecido de Santa Marina, en Cuéllar, si es que responde a la realidad la litografía que de él queda.

El menor uso del atrio en lo mudéjar, o si se prefiere su menor adecuación, dimana, en mi opinión, precisamente del material. No se podían hacer fustes con ladrillo y menos aún capiteles, por consiguiente hubo de emplearse el pilar, que no es tan airoso, con un resultado, por supuesto, más pesado —caso de Nieva—. Por el contrario en aquellos otros en que se pensó en términos de

un auténtico atrio, fue preciso utilizar fustes o capiteles de piedra —Parroquial de Pinarejos.

En cuanto a las torres, la disposición es la misma en ambas modalidades, si bien se detecta en las de ladrillo el mayor uso de la escalera embebida en el espesor del muro.

Para el Marqués de Lozoya, el mudéjar (él prefiere el término morisco) es “algo fundamentalmente distinto” del románico. Estoy de acuerdo con Lozoya sólo en esto: “es distinto”, como distinto es el resultado de una iglesia de mampostería y una de sillería. Hay más diferencia entre el ábside de aquella, con su sencilla ventana recortada en el muro, y el de ésta, con su división en paños mediante los boceles y su ventana ricamente moldurada, que entre las románicas y las mudéjares. La sillería permite la labra, en la mampostería es imposible y con el ladrillo solamente se puede jugar con el aparejo. Sin embargo nadie niega la identificación de una iglesia de mampostería con el románico, pero sí la de ladrillo.

El problema de identidad radica no en las soluciones constructiva o espaciales, sino en las visuales y de ordenación, como resultado del empleo del ladrillo y su módulo regulador. A ninguno se le escapa que el color es un valor determinante en arquitectura y en verdad es la bicromía blanca roja del mudéjar su rasgo esencial, aquello que la distingue de su hermana de piedra. Aquí, y sólo aquí se fundamenta en el caso segoviano su raíz hispanomusulmana; raíz popular que pervive en la arquitectura doméstica, rural y ciudadana y en la decoración pictórica. Pero no olvidemos tampoco que también se tiñeron con rojo los arcos de piedra y se imitaron despieces sobre los paramentos de sillería.

Tanto en el románico como en el mudéjar es en la cabecera, la parte más decorada, donde se despliega la capacidad de diseño de los maestros. La imposibilidad de tallar volumétricamente el ladrillo les condicionó a sacar partido de su uniformidad y regularidad. Dispuesto por el lado largo o por el corto, ofrece múltiples variantes decorativas. Se reducen éstas, esencialmente, a los frisos de esquinillas, que propician el movimiento y la captación de luz y sombra, y a las arquerías ciegas que cubren el tambor del ábside por el exterior.

En el ábside se sintetiza la decoración mudéjar. Es la parte más vistosa del templo. Las arquerías se disponen

en los costados del tramo recto y en la superficie curva a los que rellenan por completo. Pueden alternar con recuadros, pero el resultado es el mismo; un muro quebrado, de un número impar de lados y variable de acuerdo con la mayor o menor superficie a cubrir. La diferencia, pues, con un ábside de sillería está en la ausencia de los boces que le dividen en tres paños y en la superposición de arquerías. Estas toman, sin embargo, como modelo las arcuaciones que decoran al interior y al exterior los ábsides de sillería —bien patente en la cabecera de San Tirso de Sahagún. Tan sólo en el caso de San Andrés de Cuéllar, las arcuaciones con carácter decorativo se prolongan a lo largo de los muros de la nave, lo que no ocurre en ninguno de los templos de sillería.

En cuanto a la configuración del espacio interno es

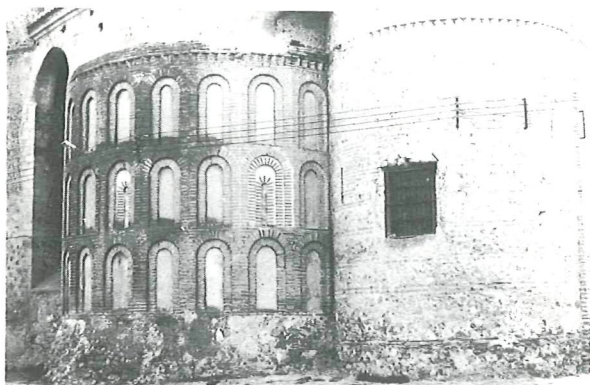
similar en ambas variantes. La serie continua de arcos fajones originan un espacio vivo y fluido, poco frecuente en los edificios de sillería, puesto que son escasos los completamente abovedados, y más visible en los de ladrillo por la alternancia del color rojo de los arcos de ladrillo y la pared blanca. La facilidad en el manejo del ladrillo y la belleza que nace del ritmo de los arcos doblados, propició su multiplicación hasta alcanzar cotas muy elevadas, como en las capillas, a modo de crucero, de Sambóal. Nunca sabremos si este camino hubiera cuajado en una fórmula nueva, en realidad sorprendente, pero la esterilidad del siglo XIV ahogó lo que estaba en ciernes.

Será el siglo XV el del verdadero mudéjar, con un algo muy especial y radicalmente distinto a lo que paralelamente se construya en piedra.

INVENTARIO

AGUILAFUENTE

Iglesia parroquial de la Asunción de Nuestra Señora



La iglesia actual es el resultado de varias campañas constructivas que se prolongan desde el siglo XII al XVIII. Posee una hermosa torre del siglo XIII y una portada de fines del gótico. Todo el interior sufrió una remodelación durante el siglo XVIII en que se recubrió de yeserías. Del primitivo templo sólo queda la cabecera.

En 1472, tuvo lugar en esta iglesia el sínodo provincial, convocado por el obispo Juan Arias Dávila, cuyas actas fueron publicadas en la imprenta que, en Segovia, estableció Juan Parix de Heidelberg, primera obra impresa en España. Con ocasión del V centenario del acontecimiento fueron llevadas a cabo obras de restauración, principalmente en el ábside.

La planta original debía de ser de una nave y cabecera. Con posterioridad se añadió otra nave al norte con su correspondiente ábside.

Responde la cabecera al modelo tan repetido de tramo anterior recto y ábside curvo. Se inicia con un arco triunfal, de cuatro roscas hacia la nave y tres hacia el fondo, la primera de doble ancho que las restantes, que arranca de una imposta en curva de nacela. El tramo recto está subdividido en dos por un arco fajón doblado. Refuerzan los lados arcos ciegos rematados por una franja de ladrillos en esquinilla y cornisa de nacela, que se continúa a lo largo del cascarón del ábside a modo de imposta. Arranca la bóveda de éste con un arco doblado y le iluminan tres ventanas, de tres roscas y profundo derrame interno, situadas entre la línea de imposta y otra idéntica que corre por debajo del alfeizar. Decoran las llagas líneas rojizas.

El exterior se ordena, según norma, con tres series de arquerías, dobladas y ciegas, que descansan sobre un zócalo de mampostería y configuran un polígono de once lados. No hay alfices ni impostas de separación. Las ventanas se abren en los lados tercero, sexto y noveno. Corona el ábside una fila de ladrillos esquinados.

El ábside norte fue añadido más tarde, posiblemente al tiempo que la torre. Su tersa superficie cilíndrica, de mampostería entre verdugadas, contrasta por sus ritmos

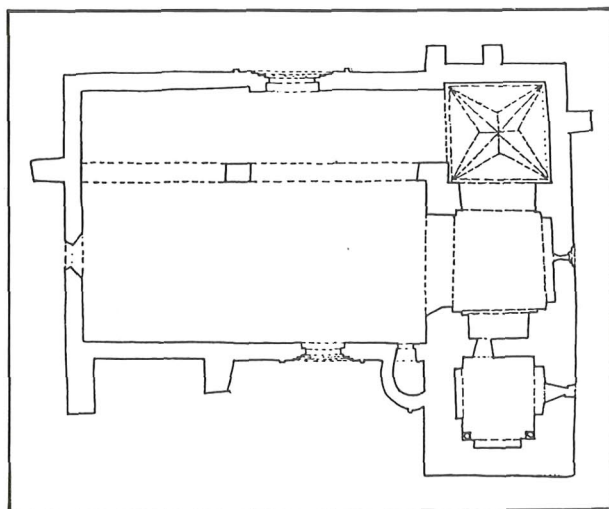
horizontales, pese a su esbeltez, con la verticalidad del ábside central. Contraste agudizado por la diferencia entre las fábricas. Le remata una fila de ladrillos a sardinel a la que se sobrepone otra de ladrillos esquinados. Dan luz estrechas saeteras.

El interior está completamente cubierto por los yesos, pero se percibe la división del tramo anterior recto mediante un arco fajón.

Bibliografía: Gil Farres, p. 13.

AGUILAFUENTE

Iglesia de San Juan



San Juan, destinada hasta hace pocos años a almacén de aperos de labranza, es hoy una ruina que acabará por perderse si no se actúa con urgencia (1).

Es iglesia de una nave de cabecera cuadrada y fábrica de mampostería. El ladrillo se utilizó en los huecos, esquinas y bóveda del ábside. A lo largo del lado norte corría un atrio, al que, durante el siglo XIV, se le añadió un ábside, cubierto con bóveda de terceletes, al tiempo que se abrían hacia el templo dos grandes arcos de ladrillo apuntados.

El resultado final fue una iglesia de dos naves con sus respectivos ábsides planos, enrasados al exterior.

La nave estuvo cubierta con armadura, sustituida en el siglo XVI por otra de la que quedan algunos tirantes y soleras. La cabecera lo hace con bóveda de medio cañón, que arranca de imposta, supongo que de nacela, ya que las sucesivas capas de enlucidos imposibilitan su percepción. En el muro meridional un arco de piedra, apuntado, da acceso al campanario. Este responde por completo a la tipología románica: de mampostería, con sillería en los ángulos, y cuerpo de campanas con arcos de medio punto de sillares.

Se ingresaba a la nave por una puerta abierta en el lado sur, compuesta por cuatro arquivoltas, de idéntico tamaño, que voltean sobre impostas en curva de nacela. Quedan restos del alfiz que parece arrancar a la altura de la imposta.

La otra portada, en el lado norte, que es la actualmente en servicio, daba paso, en su origen, al atrio. Sobre la imposta voltean cuatro arquivoltas que siguen un trazado nada frecuente; pequeña la inferior, más grande las dos siguientes y aún mayor la superior, es decir, al contrario de lo que es normal. Sobre la clave una hornacina con su alfiz. Encuadraba la portada otro del que quedan restos y que nacía a la altura de la imposta.

(1) Al tiempo de entregar a la imprenta estas notas se ha encargado un proyecto de restauración.

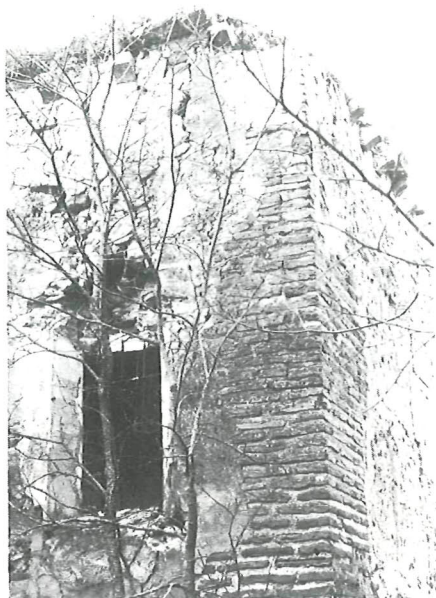
La ventana que ilumina la cabecera, de medio punto y ladrillo, es la única que subsiste de entre las primitivas.

Todo el interior estuvo enfoscado y durante el siglo XIV se pintó, imitando un despiece de sillares, con líneas rojas.

Bibliografía: Gil Farres, p. 14.

ALDEANUEVA DEL MONTE

Ermita de San Juan



Se trata de un edificio de dos naves y ábside rectangular, cubierta con armadura de par y nudillo, sobre dobles tirantes, la nave y a cuatro faldones, con cuadrantes, la cabecera. Ambas del siglo XVI. La arquería de medio punto que separa las naves, es de sillares, pero el resto de los muros es de fábrica de calicanto —morrillo de río— con los ángulos de ladrillo. Los rudos canecillos que aún quedan en la cabecera permiten fecharla hacia el siglo XIII.

La portada, el elemento que define con mayor precisión el estilo del edificio, consta de cuatro roscas de ladrillo dispuesto por el lado corto y una quinta, la inferior, por el lado largo. No hay impostas, el arco de medio punto arranca limpio de las jambas de la línea de imposta. Las capas de enfoscado impiden ver el tratamiento de las llagas.

La ermita, en medio de un bosquecillo de olmos herido de muerte, tan sugestiva y hermosa, es una ruina que no ha de durar mucho.

San Juan nos plantea un gran interrogante, cual es el de su lejanía de cualquier centro de arquitectura de ladrillo, pero sí cerca de Fresno de Cantespino, en cuyo castillo, totalmente arrasado, aún se vislumbra en la cimentación un aparejo, muy islámico, de piedras encuadradas por ladrillos.

ALDEA REAL

Iglesia parroquial de San Juan Bautista

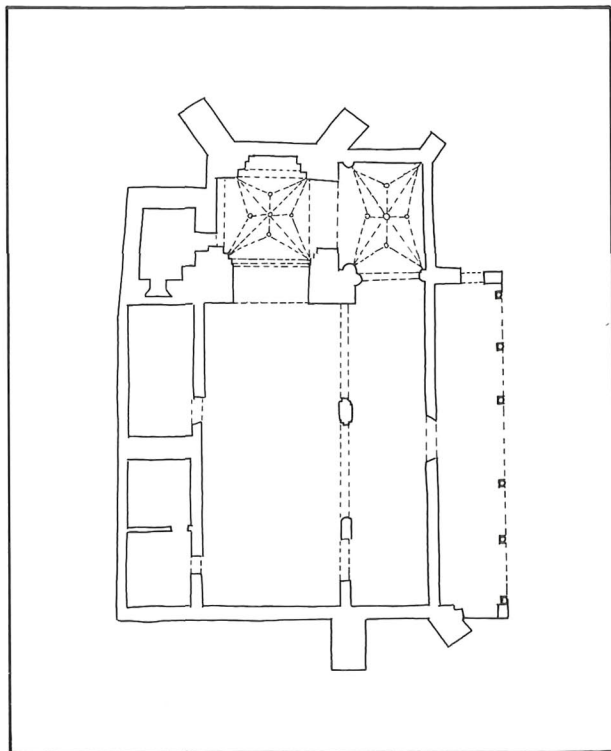


La actual estructura gótica se levanta sobre otra anterior, que constaba de una nave y cabecera cuadrada, de la que persisten parte de los muros, la portada de ingreso y, tal vez, la cabecera.

La portada, a la que recubre una gruesa capa de cemento, consiste en tres roscas de medio punto, sin impostas, recuadrada por un alfiz. Daba paso al atrio, convertido durante la reforma del gótico en nave, del que permanece el arco de la fachada occidental.

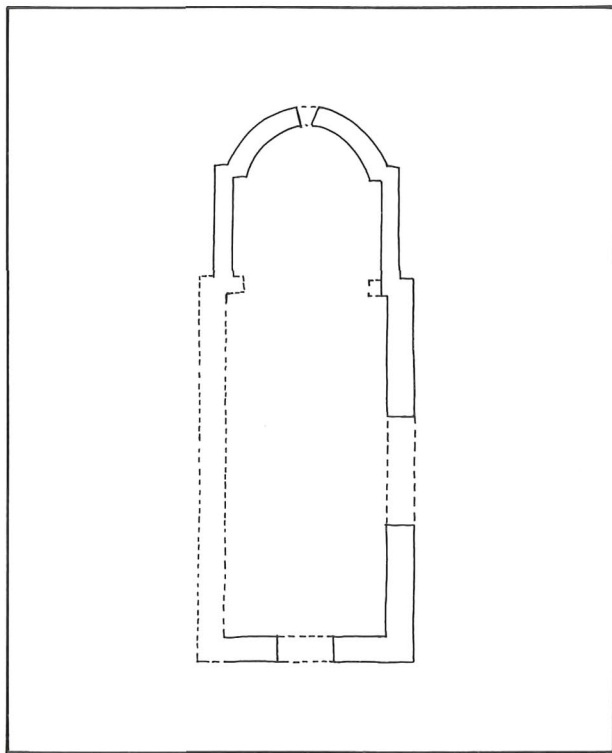
La cabecera está formada en los tres paños por arcos ciegos apuntados, sobre impostas prismáticas, de idéntica altura que triunfal. El espacio cuadrado así formado, está cerrado por bóveda de terceletes, del siglo XIV. Sobre la forma de cubrición primitiva sólo caben hipótesis; posiblemente una armadura.

Bibliografía: Gil Farres, p. 14.



ARMUÑA

Ermita de Pinillos



Se asienta sobre la cima de un cerro, un tanto alejada de la población. Hoy sólo quedan los muros maestros de los lados sur y oeste, sin cornisas, así como la cabecera. Ha desaparecido el resto.

Constaba de una nave y cabecera, con tramo recto y ábside curvo. La fábrica es de calicanto, fraguado en cajas de 1 metro de altura, aproximadamente, con un grosor de 0,80 metros. El ladrillo se redujo a las cadenas de la fachada occidental, recercado de puertas y ventanas, verdugadas, arcos triunfal y del cascarón del ábside e imposta de la cabecera. Es un ladrillo de mala calidad, lo que unido a su posible reutilización en otros edificios ha ocasionado su pérdida casi total.

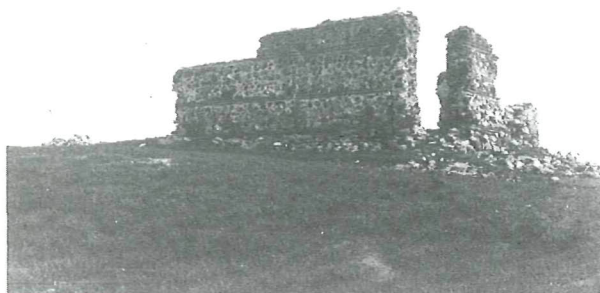
Cinco roscas de ladrillo configuraban la portada principal, abierta en el muro meridional, resaltada sobre el mismo según costumbre en el románico. Otra más pequeña se abría en la fachada occidental, y muy por encima, a ras del tejado, una ventana, en otro tiempo de ladrillo.

La parte mejor conservada es la cabecera, en que permanecen los arranques de las bóvedas de medio cañón y cuarto de esfera, la imposta de esquinillas y la ventana, de doble rosca con derrame interno y externo, también de ladrillo.

El interior estuvo enfoscado.

BALISA

Ermita del Cerro del Aguila



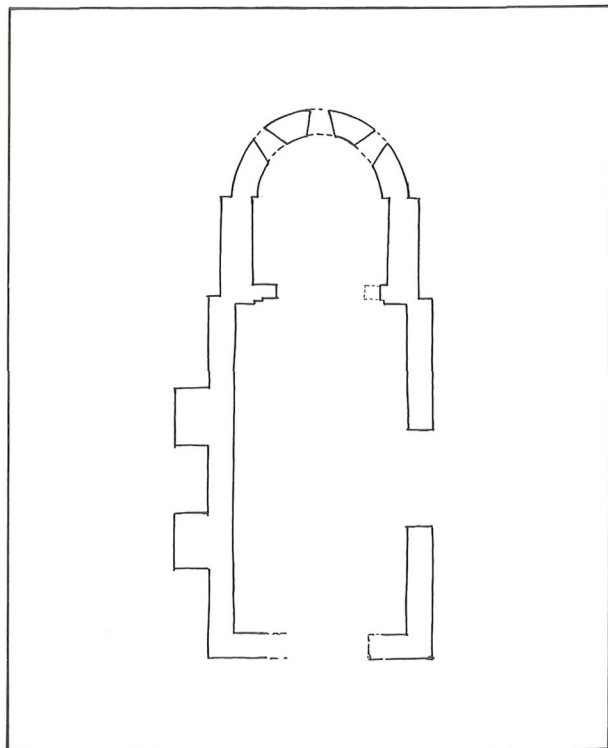
Ruinas sin nombre, abatidas por el viento, en lo alto de un cerro a cuyos pies pasa el camino que desde Balisa lleva a Santa María.

No quedan sino restos de los muros norte y sur. Han desaparecido por completo la fachada occidental y la cabecera, posiblemente curva, de esta pequeña ermita. La fábrica es de rollo aparejado en tapias separadas por dos hiladas de ladrillo, que en la parte baja alternan con lajas de pizarra.

Es imposible saber su forma de cubrición, que hemos de suponer la tradicional armadura para la nave y bóveda para la cabecera.

BERNARDOS

Ermita de Santa Inés



Muy alejada del casco urbano, se asienta sobre una ladera que desciende suavemente hacia un regato casi siempre seco.

A sus pies brota un manantial, al que se desciende por unos sencillos escalones de fábrica, medio cubiertos por una bóveda reciente.

La planta es de una nave y cabecera con tramo recto y ábside curvo. La fábrica es de fuerte calicanto fraguado en tapias. El ladrillo se utilizó en el recercado de vanos, ángulos de la cabecera y arcos y bóvedas de la misma.

Se ingresa a la nave por la puerta de la fachada sur, muy destrozada. Está rehundida en el muro y posiblemente la formaron tres arquivoltas de ladrillo —de las que únicamente quedan restos de la superior— de medio punto y torpemente trazadas. El rebajo en el muro configura, ya de por sí, un alfiz, al que se ha reforzado con sillares en las jambas, algo desplazado de la clave. Las enjutas van enfoscadas. Por encima de la puerta y a todo lo largo del frente sur corre una imposta de pizarra, ligeramente volada, cuya finalidad no logro discernir. Tampoco encuentro respuesta para el otro hueco, en el encuentro de la nave con la cabecera, cuyas reformas no dejan ver el trazado original.

No quedan las cornisas de la nave, que tuvo armadura y está enfoscada, y a la que dan luz dos diminutas ventanas rasgadas en la pared sur. Por lo que respecta a la fachada occidental, no es sino una gran oquedad producida por el desplome de la portada.

La cabecera es la parte más bella del edificio. Se inicia con un arco triunfal, de medio punto y doblado, de doble ancho el inferior, sobre imposta de nacela que se continúa a lo largo de los muros y ábside sobre la que voltean las bóvedas, de medio cañón en el tramo recto y de cascarón en éste, ambas de ladrillo. En el arranque de la bóveda del ábside se dispone un arco que apoya sobre canecillos de piedra con sus correspondientes cimacios. La decoración figurada y la sencillez del cima-

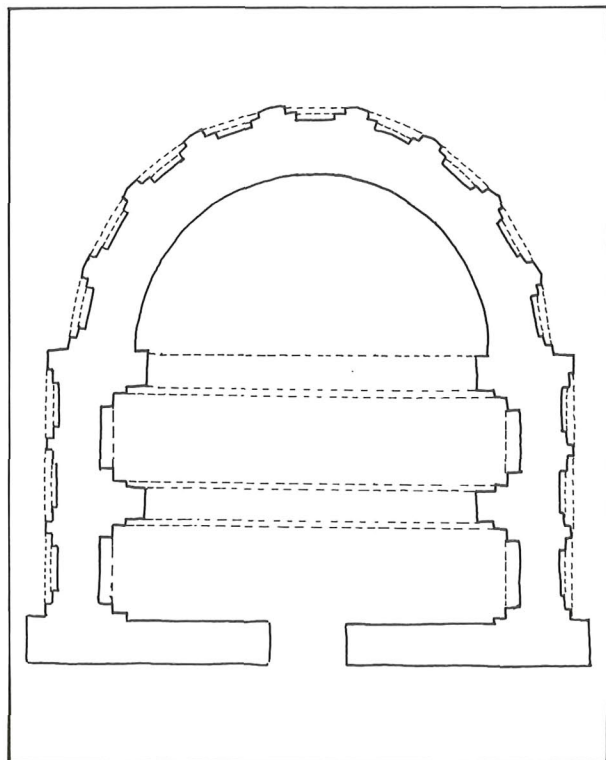
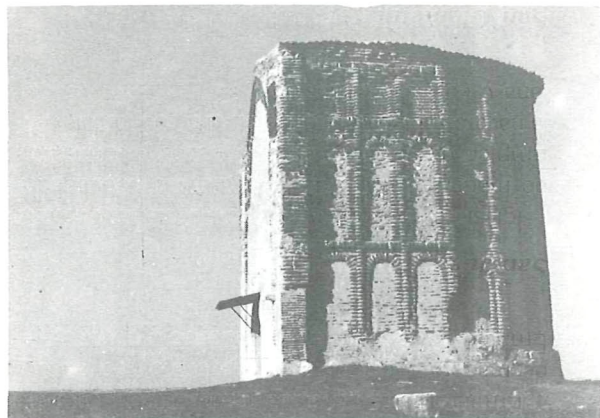
cio, retallado en parte para adecuarlo a la nueva función, permiten fechar el edificio a principios del siglo XIII.

Tres ventanas, de triple rosca al exterior y doble al interior, iluminan al ábside.

El interior estuvo enfoscado y aún se conserva parte del pavimento de pizarra que en su día tuvo.

CAMPO DE CUELLAR

Ermita del Santo Cristo de San Mamés



Únicamente queda la cabecera de la que debió de ser, a juzgar por su tamaño, iglesia parroquial de un desaparecido pueblo. Su nítida silueta se recorta sobre la dilatada línea del horizonte.

Constituyen la planta un tramo recto, subdividido en dos por un fajón, y ábside curvo. La fábrica de núcleo de calicanto revestido de ladrillo.

El arco triunfal, el fajón que divide el tramo recto, así como el del ábside son doblados y ligeramente apuntados, igualmente los ciegos, dos por lado, que se disponen en el tramo rectangular. Todo el interior está encajado, pero sin duda las impostas son de nacela.

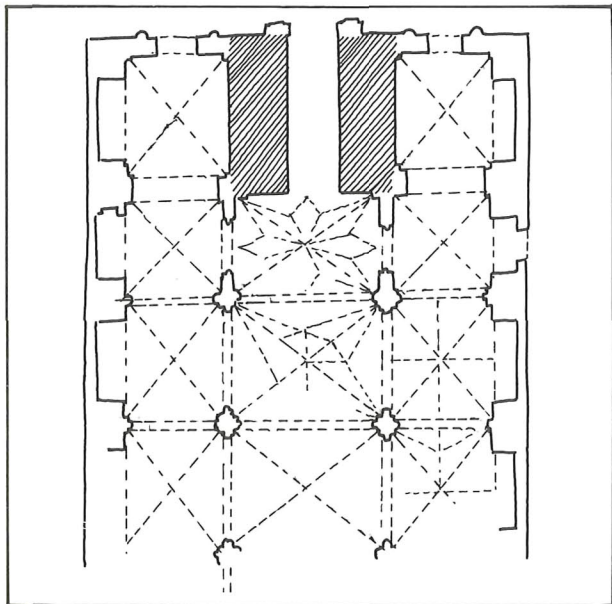
Al ser aprovechada la cabecera para ermita, fue cegado, con una pared de piedra, el vano del arco triunfal, que muestra al exterior una triple rosca, de doble ancho la inferior. Por otra parte, quedó al descubierto la galería, que, embebida en el grueso de la pared, da acceso al trasdós de las bóvedas; suponemos que para subir a la espadaña que, como en otros casos, se levantaría justo por encima del arco triunfal.

La ordenación al exterior de la cabecera sigue las pautas marcadas por las iglesias cuellaranas: dos series de arquerías ciegas más otra de recuadros en la coronación, pero con algunas variantes muy interesantes como lo es el alfiz, moldura inexistente en los alzados de Cuéllar, que arranca del zócalo en el tramo recto y del primer piso en el curvo, y en cuya disposición se detecta cierto titubeo al principio de éste.

Configuran la cornisa ladrillos volados, en número de tres, a modo de canecillos que arrancan de un friso en el que los ladrillos se aparejan alternativamente a sardinel y normales, formando una especie de cadena.

CARBONERO EL MAYOR

Iglesia parroquial de San Juan Bautista



La primitiva iglesia parroquial sufrió a lo largo de la historia profundas reconstrucciones que apenas dejaron huella de la traza original. La primera reforma tuvo lugar en el siglo XV, en el que se destruyó el cuerpo y se levantaron las naves góticas. Quedaron a salvo la cabecera y el campanario. Durante el siglo XVIII se construyó la actual cabecera barroca, dirigida hacia el occidente. Fue entonces cuando, al precisar de una fachada, se hizo necesario demoler el ábside primitivo para levantarla, quedando la torre cabalgando sobre la misma.

La planta baja del campanario es de mampostería de gran tamaño entre verdugadas de ladrillo. Se comunicaba con la nave mediante un elevado arco apuntado. Los muros de los lados norte y sur debieron llevar la típica ordenación de arquerías, hoy sólo visibles en el meridional.

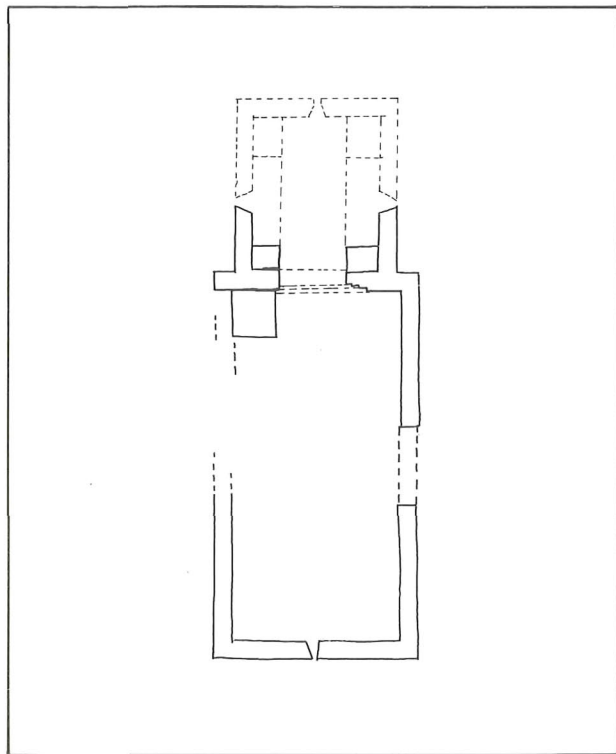
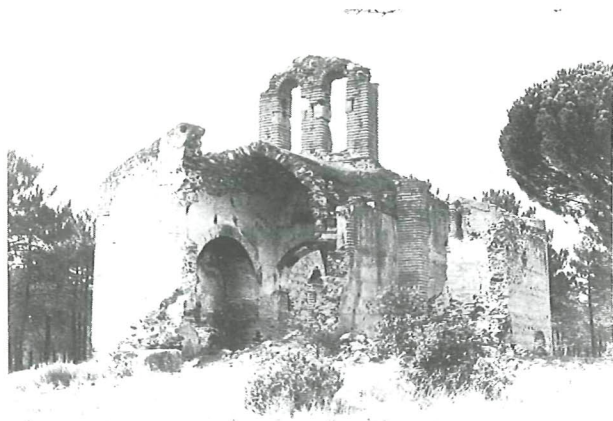
Forman el cuerpo de campanas tres pisos de los que tan sólo el inferior, de arcos doblados en los frentes norte y sur, así como las esquinas del siguiente son obra primitiva. El resto corresponde al barroco. La desaparición de la bóveda del piso bajo, y los muros de la parte superior del campanario, fue consecuencia de un incendio habido en el mismo.

La iglesia parroquial de Carbonero el Mayor hubo de tener en su origen un aspecto muy parecido a la de Nieva, como ya veremos.

Bibliografía: Vera y Villalpando, M. *Estudio histórico artístico de Carbonero el Mayor*. Segovia, 1971.

CARBONERO EL MAYOR

Ermita de Santa Agueda



Las ruinas de Santa Agueda, en un claro del denso pinar del Temeroso, son una denuncia contra la barbarie de algunos hombres.

Santa Agueda había llegado hasta nosotros casi completa, a excepción de la cubierta de la nave, pero ciertos individuos no han dudado en arrancar las lajas de pizarra de sus muros, para afilar sus herramientas, hasta provocar la ruina del ábside muy recientemente. Hoy, solitaria en medio del pinar, corre el riesgo de desaparecer si no se termina con este vandalismo.

Constaba de una nave rectangular y cabecera plana. Su fábrica es de calicanto y el ladrillo se ha reservado para las esquinas, recercado de huecos y arco triunfal sobre el que se asienta la espadaña.

La nave tuvo dos ingresos; uno al norte, desaparecido y cuyo hundimiento provocó una terrible brecha en la pared, y otro al sur, cegado desde mucho tiempo atrás, pero que permite adivinar su ordenación. Es posible que la portada estuviera resaltada sobre el muro, tal y como se desprende de las huellas aún visibles. De las arquivoltas de medio punto sólo queda la inferior, formada por ladrillo dispuesto por la cara menor y volteada sobre impostas de nacela. El resto de la fachada carece de ventanas y está rematado por lajas de pizarra, a modo de cornisa.

La fachada occidental, con las esquinas reforzadas por ladrillo, que no llegan a formar exactamente cadenas, acaba en un piñón. En el centro y en lo alto, una a modo de saetera de ladrillo, con profundo derrame interno.

La nave estuvo enfoscada al exterior e interior y cubierta a dos aguas. Los escombros que se amontonan en el suelo imposibilitan ver el pavimento original.

Separa la nave de la cabecera, mucho más estrecha, un arco triunfal, sobre el que apoya una espadaña. Forman el arco cuadro arquivoltas de ladrillo que arrancan de impostas de nacela. Le encuadra el alfiz que nace a la altura de la imposta sobre una ménsula formada por tres ladrillos en nacela dispuestos frontalmente. Las enjutas y llagas blancas destacan con fuerza del ladrillo, de

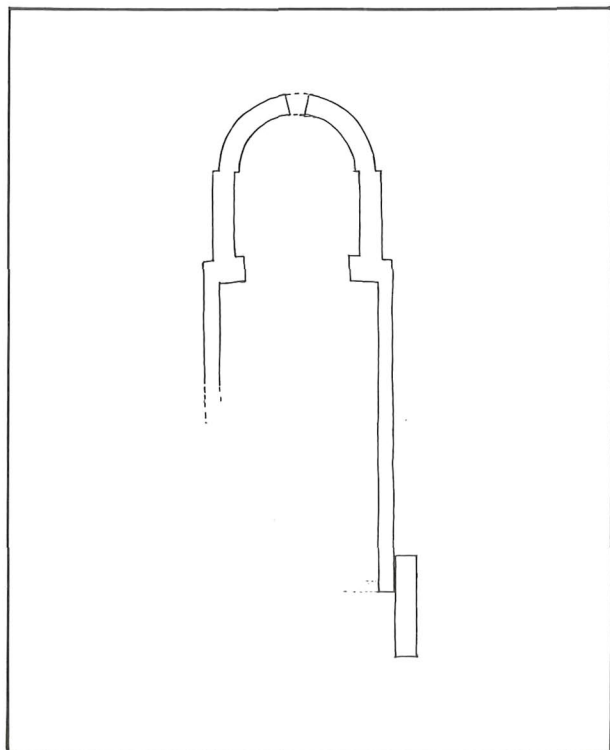
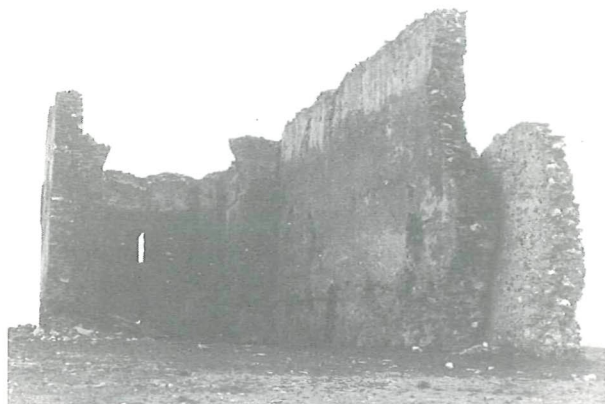
un rojo encendido. El cuidado que se ha tenido en la ordenación de este arco y el tratamiento de las superficies contribuyen a reforzar la imagen de arco triunfal. Sobre el alfiz cinco recuadros y sobre el central una ventanilla que daba luz a la nave. Remata este cuerpo la espadaña, de dos huecos de medio punto, terminada a doble vertiente.

La cabecera, de la que quedan restos de los muros norte y sur, fue cuadrada y tuvo ventanas por los tres lados, tal y como muestra una vieja fotografía. Posiblemente, y dado el espesor de la pared, llevó armadura. Después y en fecha indeterminada, fue provista de bóveda de medio cañón apuntado, muy mal trazada. Para ello fue necesario recrecer el grosor de las paredes norte y sur mediante potentes arcos ciegos, que redujeron sensiblemente el espacio del ábside, hasta el punto de ahogarle. El trasdós de la bóveda se rellenó de calicanto.

Restos de otra bóveda, que plantea problemas, se localizan en el encuentro del muro norte de la nave con el arco triunfal, en cuyo ángulo se adosó un grueso muro que remata en arco volado y que oculta casi todo el frente del arco triunfal. La única solución posible es la de que haya servido de escalera de acceso a la espadaña, tal y como en forma similar se resolvió en la ermita de Raparriegos.

CARBONERO EL MAYOR

Ermita de San Miguel



Se levanta sobre una ladera de fuerte pendiente, muy cerca de la ermita de Ntra. Sra. del Bustar, patrona de Carbonero. Debió de ser la parroquia de un despoblado.

Su planta es de una nave y cabecera con tramo recto y ábside curvo. La fábrica es de gruesas lajas de pizarra que alternan con rollo, hasta formar un duro calicanto levantado por tapias. El ladrillo se limita a los encuentros de los muros, recercado de huecos, arco triunfal del ábside e imposta de éste

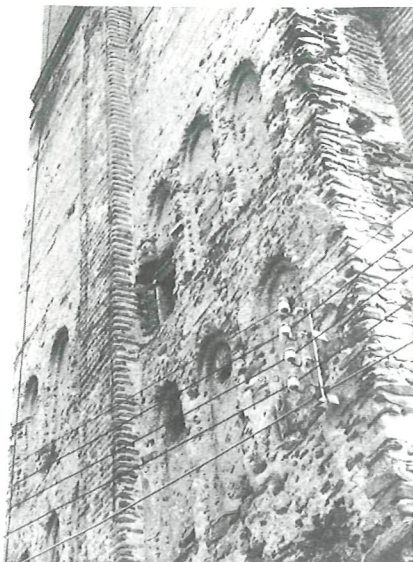
Ha desaparecido por completo la fachada occidental y casi entera la del norte, donde posiblemente se abrió la puerta. Hiende el ábside una profunda grieta, muy peligrosa.

Como es normal en estas ermitas, primero se construyó la cabecera y a continuación la nave, cuyos muros quedaron sin enjarjar con aquella. Se ha perdido por completo la cornisa, que en el ábside se reduce a una fila de gruesas lajas de pizarra.

La nave estuvo cubierta con madera y la cabecera con medio cañón en el tramo recto y cascarón en el ábside. La ventana se abre en el eje, recercada de ladrillo y con derrame interno. Por encima corre una línea de ladrillos esquinados que sirve de imposta al cascarón.

COCA

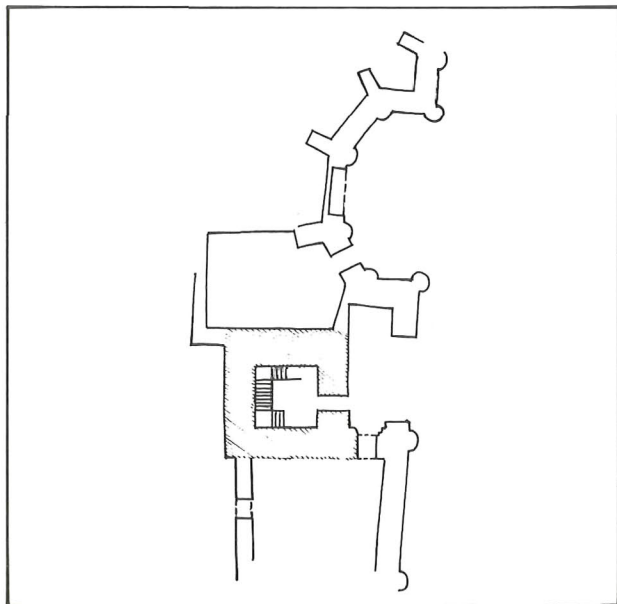
Iglesia parroquial de Santa María la Mayor

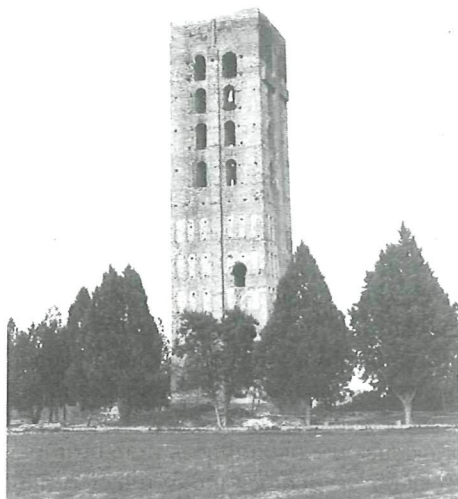


Fue construida a principios del siglo XVI y presenta una curiosa planta de cruz latina con los extremos poligonales. La capilla mayor sirve de panteón a la familia Fonseca, señores de la villa y constructores del famoso castillo, sepultados en magníficos sepulcros atribuidos a Bartolomé Ordóñez.

El campanario se levanta al lado norte, sobre restos de otro más antiguo constituido por un bloque de planta cuadrada y fuerte fábrica de mampostería (lajas de pizarra) y calicanto, por el centro de cuyos frentes sube un machón de ladrillo. La parte baja está adornada con dos series de arquerías ciegas, tres a cada lado del machón, moldeadas con cimbras en la masa del calicanto, fórmula que repite la de la torre de San Nicolás de la propia villa, y, al igual que en ésta, la escalera es de madera, pero en origen estuvo embebida en el muro.

Bibliografía: Gil Farres, p. 14.



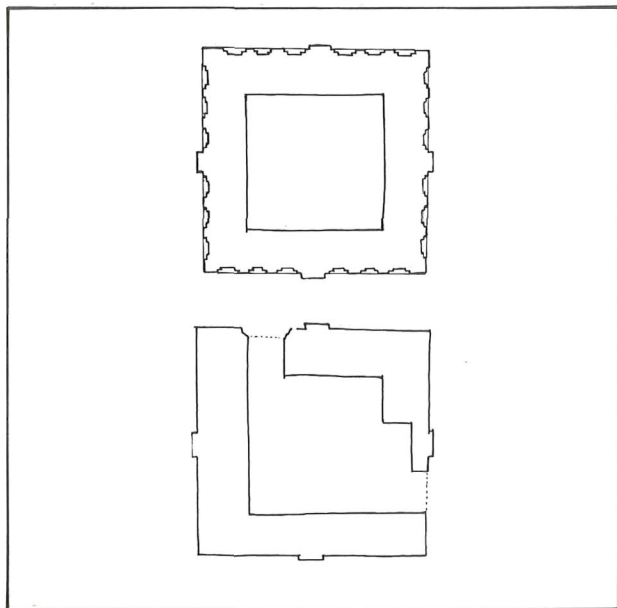


Al borde de los pronunciados derrumbaderos que descienden hacia el río Voltoya, se yergue solitaria la esbelta torre de la desaparecida parroquia de San Nicolás, de la que no queda huella.

Es un campanario de planta cuadrada y rematado en terraza, pues carece de cubrición. Está construido con calicanto. Un machón central recorre sus cuatro frentes por el centro de abajo a arriba, dividiéndolos en dos calles. El cuerpo inferior es ciego y carece de decoración. Le sigue otro adornado con tres series de arcos ciegos, dispuestos tres a cada lado del machón y fraguados en la masa del mortero. Sobre este cuerpo, que ocupa buena parte de la altura total, se alza el campanario, de cuatro pisos y con dos ventanas por frente, de medio punto y fraguadas igualmente en el mortero. El acceso se hacía por escalera de madera.

No hay en la provincia campanario como éste. Su altivez, aspecto monolítico, dureza en las aristas y ausencia de decoración atraen poderosamente la atención.

Bibliografía: *Ars Hispaniae*, t. IV, pp. 263 y 266. Cuadrado, p. 511.



CUELLAR

Iglesia de El Salvador



Extramuros de la villa, fue parroquia del arrabal de su nombre.

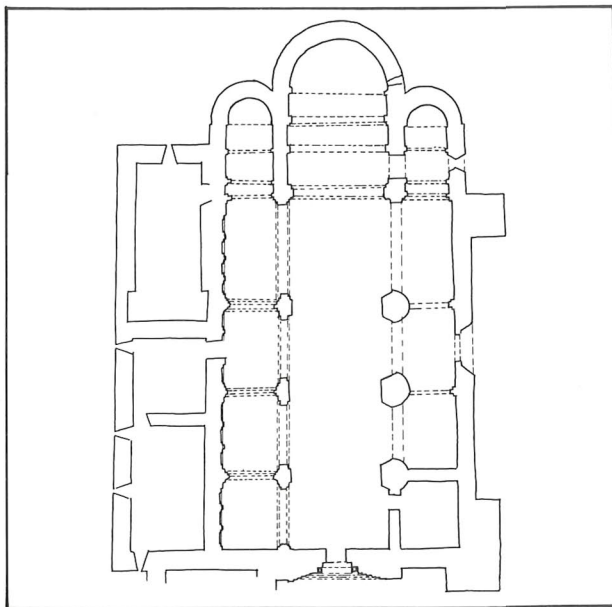
El templo ha sufrido grandes transformaciones y solamente subsiste de la obra mudéjar el exterior de la cabecera, que, a consecuencia de aquéllas, amenazó desplomarse y hubo necesidad de contener mediante arbotantes que le prestan su singular fisonomía. El tramo recto se ordena con dos series de arquerías ciegas y otra de recuadros y el ábside sólo con arquerías, que configuran un polígono de nueve lados, de idéntico ritmo y composición que el de Santiago.

Se menciona por primera vez en 1299.

Bibliografía: Quadrado, p. 519. Velasco Bayón, pp. 134, 231 y 247.

CUELLAR

Iglesia de San Andrés



Ejemplar capital dentro de la arquitectura segoviana y aun de la castellana. Es uno de los más hermosos templos de la escuela y siempre llamó la atención de los historiadores, desde que Lampérez advirtiera la originalidad de la fachada, si bien no cuenta con una monografía.

Es una iglesia de tres naves y cuatro tramos, el último, el inmediato a la cabecera, más ancho, sugiere un crucero que no llega a resaltarse al exterior. La cabecera es de tres ábsides con sus respectivos tramos rectos. La fábrica de calicanto y ladrillo.

La nave central estuvo cubierta con armadura. Los laterales lo hacen con bóveda de medio cañón, sobre fajones, fórmula muy sabia empleada también en San Esteban y en la desaparecida de Santa Marina, según testimonio de Quadrado. En el barroco todo el interior fue cubierto con yeso y en la nave central se dispusieron cuatro aristas, molduradas sencillamente, al tiempo que se reforzaban los pilares prismáticos, que quedaron englobados en otros de planta circular.

No ha llegado a nosotros —excepto en el caso de San Millán, de Segovia— ninguna de las armaduras originales y en este sentido tampoco es excepción San Andrés. La actual que se conserva encima de las bóvedas es del siglo XVI, de par y nudillo y dobles tirantes. Supongo que responde al esquema de la primitiva. Sin embargo, como dato de interés, he de referirme a la existencia en el desván de dobles canes de piedra caliza, rudamente tallados, a ejes con los pilares de la nave, que sirvieron para soportar la armadura primitiva. No conozco otro caso similar en la provincia sobre el que poder establecer paralelos que ayudarían a comprender mejor su función, que en principio parece de apeos para los tirantes.

Los cañones laterales, fraguados sobre cimbras, no entestan en la fachada occidental, lo que parece indicar que ésta fue construida primero. Arrancan directamente del muro, sin imposta, y alcanzan la altura de la armadura de la nave central, de ahí la existencia del faldón único en el tejado. El espacio original sería, pues, muy parecido al de una iglesia salón.

Separan las naves arquerías de medio punto, de triple rosca, sin imposta. Arcos doblados configuran los fajones de las laterales, cuyos muros se ordenan con arquerías ciegas —tres por cada tramo— que se alzan hasta la línea de imposta. El ritmo es de arco, recuadro y arco.

Los ábsides laterales, muy profundos, dividen el tramo recto en otros tres mediante arcos fajones y ordenan sus muros un arco en el primero y recuadros en los otros dos. La misma fórmula se sigue en el central.

El paramento que se extiende entre la clave de las arquerías de la nave central y la solera de la armadura, fue recubierta por yesos barrocos que ocultan su aspecto, que hemos de suponer similar al de San Martín. De ser así, el interior, en su estado prístino, sería una secuencia ininterrumpida de ritmos curvos y angulares que tapizan por completo los muros. Una sinfonía blanca y roja a cuyo lado San Martín es un silencio.

La fachada sur, en la que se abre la portada de piedra, de cinco arquivoltas, está enfoscada. La corona una gran faja de recuadros que cobijan arcos ciegos. La cornisa es de piedra, con canecillos figurados.

Al lado norte se construyó, en el siglo XIII, una especie de atrio ciego, hoy trastera, al que se ingresa desde el interior por una portadita de complicada traza, labrada en piedra. La función a la que se destinó este espacio ha preservado de la destrucción el acabado original de la fachada norte por el exterior. Acabado singular del que no hay otro ejemplo en el mudéjar segoviano, que siempre limitó la ornamentación de arquerías a la cabecera. Sobre un zócalo de mampostería altos arcos ciegos y doblados, aparejado el ladrillo por el lado menor, y separados por un alfiz. Entre éste y la clave, seis esquinitas. Por encima otros arcos más pequeños y sencillos, que duplican su número —uno a ejes de la clave y otro del alfiz—, y provistos igualmente de éste y tres esquinitas. No se detecta, en cambio, restos de cornisa.

Ya nos hemos referido a la fachada occidental, famosa por ser de las pocas que se conservan en el mudéjar castellano. Se divide en tres paños, correspondientes a cada una de las tres naves. El central, resaltado y delimitado por sillares, es como un enorme arco triunfal de cinco roscas, volteadas sobre impostas de nacela. Arco fajón ficticio, puesto que la nave se cubre con madera, y de valor exclusivamente ornamental. Cierra el vano un muro, de

ladrillo, dividido en estrechas cajas verticales de cuyo fondo emergen bandas, así mismo verticales, de ladrillos en esquinitas. Extraña composición la de esta superficie quebrada, que recuerda arquitecturas del Creciente Fertil. En la parte baja se abre la portada de piedra, con arquivoltas y figurados capiteles de tipo segoviano, fechada en el XIII. El inacabado de las enjutas, así como la banda de ladrillos en esquinita que la remata, aboga más bien por una portada que sustituyó tempranamente a otra de ladrillo o por un cambio brusco en los proyectos del constructor.

Los paños laterales se ordenan con dos arquerías superpuestas, provistas de su correspondiente alfiz e impostas de ladrillos esquinados.

Son tres las ventanas de la fachada occidental; una rectangular, rasgada sobre la primitiva, en el paño central y sendas de medio punto, cegadas, en los laterales.

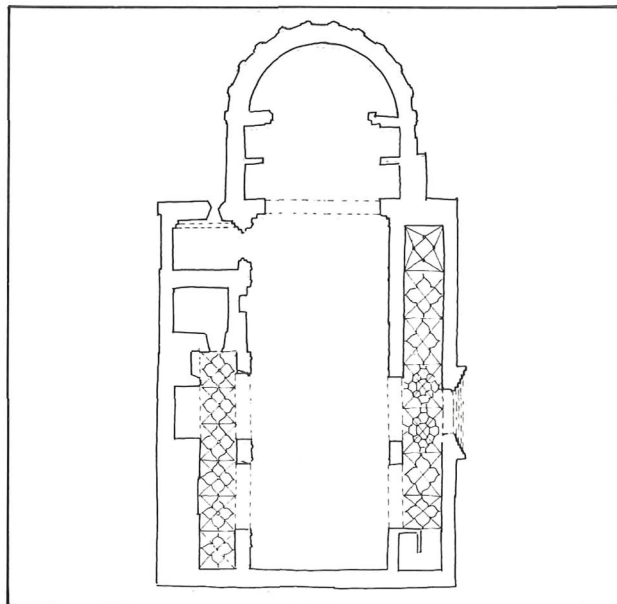
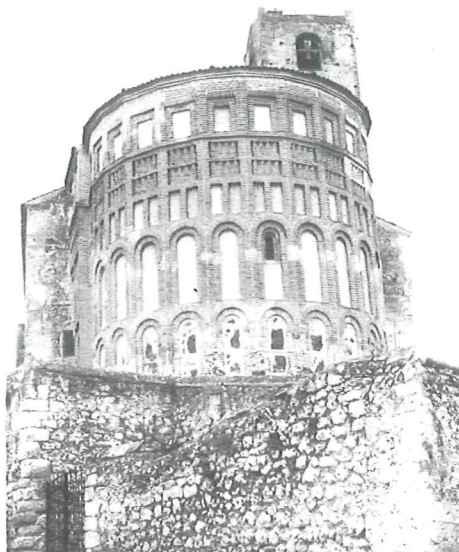
A la fachada occidental se adosó una potente torre de mampostería que cubre la ventana de la nave norte. Por fortuna al interior está intacta. La forman seis arquivoltas, que ocupan el ancho del muro y dan lugar a un profundo derrame. En pocos lugares como en éste, el acierto del diseño es tan rotundo; equidistantes de la bóveda y de las paredes las arquivoltas generan un ritmo vertiginoso.

Para terminar, unas palabras sobre la cabecera. El ábside central se adorna con dos pisos de arquerías dobladas y uno de recuadros, que ascienden sin interrupción hasta el cuarto piso, también de recuadros y a modo de ático, del que les separa una banda de ladrillos a sardinel reforzada por otros en esquinita. La ordenación se vuelve en los laterales, pues los ejes se quiebran y los pilares cargan sobre las claves, otra singularidad que añadir al maestro de San Andrés.

Bibliografía: Gil Agüero *et al.*, p. 46; Gil Farres, p. 8; Lampérez y Romea, t. II, p. 402; Marqués de Lozoya, t. II, p. 61; Quadrado, p. 519; Velasco Bayón, pp. 128, 132 y 429.

CUELLAR

Iglesia de San Esteban



Es uno de los edificios fundamentales en el mudéjar segoviano y su ábside el más bello sin duda. Se menciona por primera vez en 1302.

San Esteban se alza sobre una fuerte terraza que, a modo de bastión de la ciudadela, avanza de la vecina puerta de San Martín.

Su fábrica es de mampostería, de piedra blanzuca de Campaspero, revocada al exterior. El ladrillo se reserva para la cabecera, portada y huecos del campanario.

La planta es de tres naves, ancha la central y estrechas las laterales, en una proporción muy próxima de 4 a 1. Las naves laterales terminan en testeros planos y la central en un ábside, con tramo anterior recto un poco más ancho que la nave, lo que no es frecuente.

Consta la nave central de cinco tramos —el primero y el último más cortos— y estuvo cubierta con armadura, oculta en el siglo XVIII por bóvedas de yeso, costumbre muy frecuente en la Segovia barroca. También lo fueron las arquerías, que hemos de suponer de medio punto y dobladas, sobre pilares prismáticos. Cierran las naves laterales bóvedas de medio cañón, de calicanto (?), a las que, a finales del siglo XV, se aplicó una decoración de falsas nervaduras de ladrillo, que dividen en cinco tramos cuadrados la del lado del Evangelio y en siete la de la Epístola. Todo ello encalado.

Al extremo este de la nave del Evangelio se encuentra el campanario, muy sencillo, de planta cuadrada y fábrica de calicanto, con ventanas de medio punto en cuyas jambas alternan los ladrillos normales con los aparejados a sardinel. La escalera es de madera. Termina en terraza como todos los de Cuéllar.

A continuación del campanario hay un espacio cubierto con bóveda de medio cañón, de eje norte sur, que, al coincidir con el último tramo de la nave, el más estrecho, parece formar una especie de crucero.

Las fachadas no presentan ningún elemento de interés. Las portadas se abrían en la occidental, hoy cegada e imposible de estudiar por haberse adosado viviendas, y en la sur. Consta ésta de cinco arquivoltas de

ladrillo, sobre impostas de nacela, recuadradas por el alfiz tangente a la clave, pero cuyos largueros se prolongan para formar una especie de frontón, mal compuesto y rematado. La cornisa de esta fachada, de tres hiladas de ladrillo en voladizo, parece moderna.

La cabecera es un ejemplo espléndido, con tramo recto y ábside curvo. A ambos lados de aquél se dispusieron, en el siglo XV, hermosos mausoleos de yeso, de peregrina labor. Cierra el ábside un retablo barroco. A través de una puertecilla abierta en su predella, se puede llegar a un estrecho pasadizo que permite reconocer el tratamiento original del paramento que ha llegado por fortuna intacto al estar encubierto. Dos impostas, formadas por ladrillos esquinados y cornisa en nacela, recorren la curvatura. La superior sirve de arranque al cascarón y entre ambas se abre la única (?) ventana situada en el eje del ábside. Los ladrillos se tiñeron de rojo y el tendel, de yeso muy blanco, lleva en el medio una línea negra. Toda la parte baja del muro está decorada con un despiece simulado de sillares, pintados de color gris con las llagas blancas.

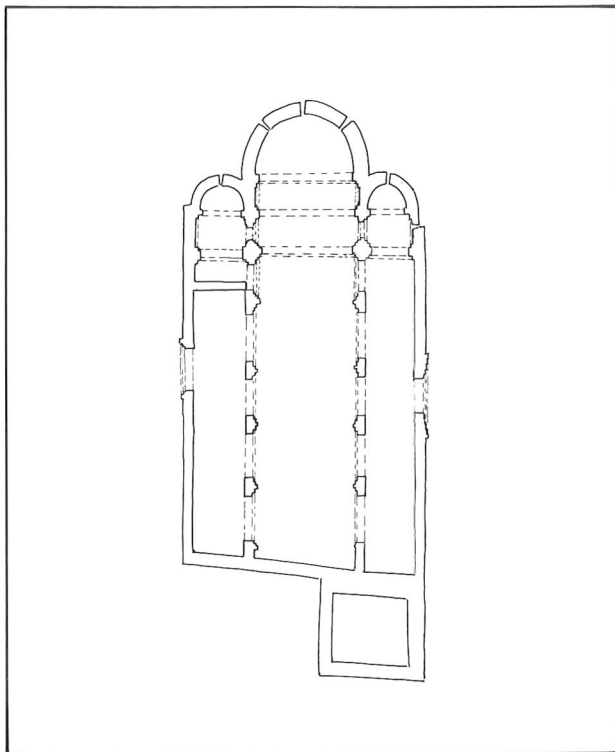
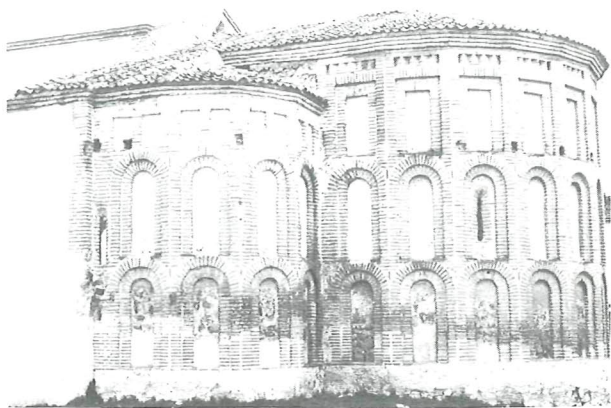
El exterior del ábside, que se eleva rotundo sobre el cimiento de calicanto, se ordena con arquerías ciegas y recuadros. Primero una de doble rosca, con fondo de mampostería aparejada a espejo y encintada. Sobre ella otra idéntica pero con el fondo enfoscado. Las sigue un gran rectángulo, subdividido en otros dos, más pequeños abajo y dos frisos de esquinillas arriba. Hasta aquí los paños ascienden sin solución de continuidad, sin impostas que les interrumpan. Remata el ábside otra serie de recuadros, a modo de ático, perfectamente delimitado de la ordenación anterior, por una banda de ladrillos a sardinel. La cornisa es de ladrillos volados. El número total de paños es trece.

Idéntica ordenación presenta el tramo recto, si bien con ligeras variantes.

Bibliografía: Gil Agüero et al, p. 49; Gil Farres, p. 8; Quadrado, p. 516; Velasco Bayón, pp. 130, 132, 134, 117, 120, 250, 269 y ss., 427, 457 y 472.

CUELLAR

Iglesia de San Martín



Se levanta dentro de la ciudadela, frente al castillo y cerrando la amplia explanada que se extiende entre ambos. La advocación del santo guerrero está muy acorde con la situación del templo. Se menciona por primera vez en 1322.

Junto con San Esteban y San Andrés forma la trilogía de la mejor arquitectura cuellarana. Hasta hace poco en ruinas, y de propiedad particular, ha sido restaurada en 1982, pero no se la ha cubierto.

Es un edificio de tres naves, de planta un tanto irregular, con sus correspondientes ábsides. La fábrica es de piedra de Campaspero y calicanto. El ladrillo se ha empleado en las esquinas del muro norte, portadas y cabecera, así como en las arquerías y elementos decorativos del interior. A los pies, en el ángulo suroccidental se alza la fuerte torre, construida con posterioridad, en la que quedan huellas de arcos de ladrillo, lo que unido a la cimentación que aflora delante de las fachadas norte y occidental parece afirmar la pretérita existencia de un atrio.

Las portadas se abren en las fachadas occidental, norte y sur. La primera es muy sencilla, de arco doblado y sin impostas. Las otras dos, casi enfrentadas, están resaltadas sobre el muro y constan de cuatro y seis arquivoltas respectivamente, sobre impostas de nacela, recuadradas por el alfiz. El muro sur carecía de cornisa, mientras que el del norte llevaba una formada por tres hileras de tejas.

El interior aparece sin cubierta, diáfano, con el aspecto limpio de obra recién restaurada. Consta de tres naves, más estrechas las laterales, pero sin llegar a la proporción de San Esteban, y cinco tramos. El inmediato a la cabecera es más corto, la arquería tiene mayor altura y el alzado es diferente, en suma un crucero que no se delata.

Los arcos doblados y el alfiz forman pilares compuestos de esbeltas proporciones ante la ausencia de impostas. Por encima de los arcos corre una cornisa de ladrillo a sardinel, interrumpida por los alfices que ascienden

desde el suelo hasta la coronación del muro. Los campos rectangulares así creados llevan en el centro una ventana, de triple rosca y alfiz, que actúa como elemento ordenador y de aligeramiento del muro, ya que no daba luz directa pues quedaba por debajo del faldón de las naves laterales. A ambos lados sendos recuadros blancos.

En el último tramo, como hemos dicho, cambia el alzado. Una triple rosca, la inferior de doble ancho que las restantes, voltea sobre impostas de nacela. El muro de coronación se ordena con tres tiras verticales de ladrillo que configuran tres recuadros blancos.

La debilidad de las arquerías es indicio de que las naves estuvieron cubiertas con armaduras; de parhilara la central y de colgadizo las laterales. La cabecera con medios cañones y bóvedas de horno.

Da paso al ábside del lado de la Epístola un arco triunfal, de doble rosca, sobre impostas de nacela. Esta se continúa a lo largo de las paredes y sirve de arranque a la bóveda de medio cañón del tramo recto, en cuyos muros hay sendos arcos ciegos que ocupan todo el ancho y alto del tramo. Se inicia la curvatura del ábside, limpiamente, sin la existencia del arco que es elemento obligado en esta arquitectura. Voltea el cascarón sobre la imposta de nacela —prolongación de la anterior— que se adorna por debajo con esquinillas. Otra igual recorre el frente a media altura. Entre ambas y en el centro la ventana, de tres roscas, la interior de ladrillo en nacela que produce el efecto de una cuarta arquivolta.

Idénticos son el ábside del lado del Evangelio, si bien cerrado por un muro en que se dispuso un sepulcro con notables yeserías del XV, y el central, aunque con tres ventanas y arco en el inicio de la curvatura del ábside que, como el arco triunfal, es de tres roscas, más ancha la inferior. El tramo recto queda dividido en dos, por un fajón. En los lados se disponen arcos ciegos doblados, con función constructiva y decorativa a la par.

Todos los ladrillos del interior se pintaron de rojo y las llagas con una línea negra en el centro. Quedan además otros restos pictóricos sobre los que volveremos.

Al exterior de los ábsides se nos ofrecen, una vez más, las arcuaciones ciegas que forman un polígono de once lados en el central, con las ventanas en los lados tercero, sexto y noveno, y cuatro en los laterales. Sobre un

zócalo de calicanto se levantan dos pisos de arquerías y un tercero de recuadros, sin alfiles ni imposta, al modo cuellarano. Remata los muros una cornisa de ladrillos volados. La diferencia entre los ábsides central y laterales está en la ausencia en los últimos de la banda de ladrillos esquinados que adorna los recuadros del central y en la menor proyección de la cornisa.

Bibliografía: Gil Agüero, *et al.*, p. 44; Gil Farres, p. 7; Velasco Bayón, pp. 133, 134, 431 y 457.

CUELLAR

Iglesia parroquial de San Miguel



La actual iglesia parroquial responde a una serie de obras y reformas de distintas épocas que llegan hasta el barroco.

Al lado sur, alterado por reconstrucciones posteriores, son visibles los restos de una arquería de ladrillo, posiblemente el atrio de la primitiva iglesia, que fue cegado para adecuarlo a otras funciones.

Los arcos son de medio punto, de gran luz y tres rosas, y apean sobre pilares así mismo de ladrillo. Les separa un alfiz.

Bibliografía: Gil Agüero, *et al.*, p. 53; Velas Bayón, pp. 134, 231, 425 y 457.

CUELLAR

Iglesia parroquial de San Miguel



La actual iglesia parroquial responde a una serie de obras y reformas de distintas épocas que llegan hasta el barroco.

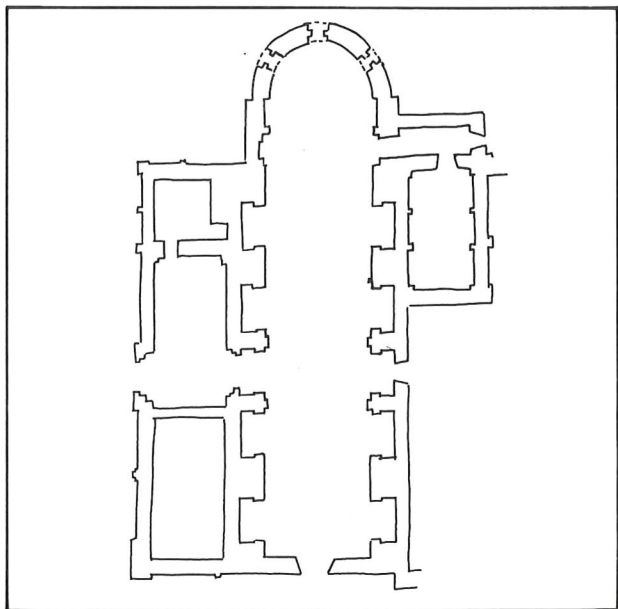
Al lado sur, alterado por reconstrucciones posteriores, son visibles los restos de una arquería de ladrillo, posiblemente el atrio de la primitiva iglesia, que fue cegado para adecuarlo a otras funciones.

Los arcos son de medio punto, de gran luz y tres rosas, y apean sobre pilares así mismo de ladrillo. Les separa un alfiz.

Bibliografía: Gil Agüero, *et al.*, p. 53; Velas Bayón, nn. 134 231, 425 y 457.

CUELLAR

Santa María de la Cuesta



Templo en el que la mezcla de fábricas, mampostería, sillería y ladrillo, se funden en un todo armónico. Consta de una nave, transformada en el barroco, en cuya fachada occidental se abre una ventana de ladrillo, similar a la ordenación del interior de la nave central de San Martín. Curiosa es la cornisa formada por ladrillos puestos en triángulo.

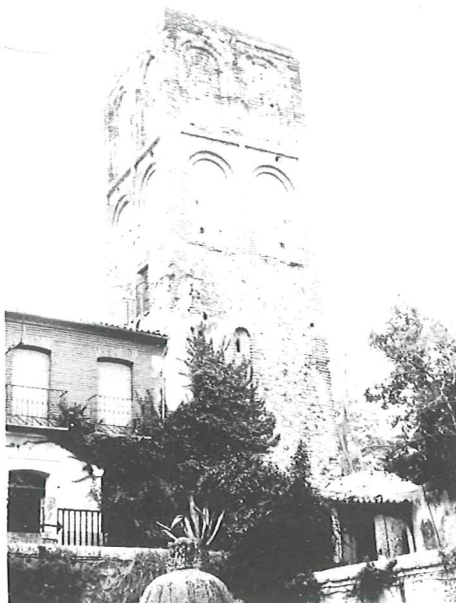
Al lado norte se adosó un atrio, del que restan dos arcos, hoy cegados, a cuyo extremo oriental se levanta el campanario.

Su airoso campanario se yergue junto a la cabecera, al lado norte, y se recorta nítido sobre el cielo azul. Contribuye a su esbeltez, el estar emplazada la iglesia sobre lo alto de una cuesta; de ahí la advocación. Es este campanario el más sugestivo, aunque no el más hermoso, de Cuéllar. Y lo es por su rara simpatía con los alminares, aunque ningún detalle en particular los relacione. Las tapias de calicanto se superponen, sin más animación que el claroscuro de los mechinales, hasta llegar al cuerpo de campanas, en el que se abre una gran ventana en cada frente abajo y dos arriba. La escalera es de madera. Termina en terraza, como todos los de Cuéllar.

Bibliografía: Diego de Colmenares, t. I, p. 450; Gil Agüero, *et al.*, p. 56; Gil Farrés, p. 11; Quadrado, p. 519; Velasco Bayón, pp. 87, 132, 134, 135, 231 y 428.

CUELLAR

Santa Marina



De esta iglesia, que llamó la atención de Quadrado, no queda hoy sino la desmochada torre. J.M. Quadrado afirmaba que sus tres naves estaban cubiertas con armadura la central y con bóvedas las laterales, lo que suscitó la duda de Lampérez, duda que no le hubiera asaltado si hubiera conocido que la misma solución se da en San Esteban y San Andrés. Santa Marina se menciona por primera vez en 1273.

Gracias a la litografía que Parcerisa realizara para el libro de Quadrado, sabemos que un gran ábside cerraba la nave central y muros planos las laterales, repitiendo la planta de San Esteban. Constaba el ábside de un tramo recto y su curvatura se adornaba con dos pisos de arcos ciegos y un tercero de recuadros, según fórmula consabida. El número total de lados debió de ser de once.

Al costado sur se abría un atrio. Se olvidó Quadrado de reseñar si los arcos eran de ladrillo o de piedra y se limitó a describir el fuste y capitel de la arquería del lado oriental, que le atrajeron con fuerza. De ser arcos de ladrillo —lo que parece sugerir la litografía— este atrio fue similar al de Pinarejos, cuya arquería de ladrillo también descansa en capiteles y fustes de piedra.

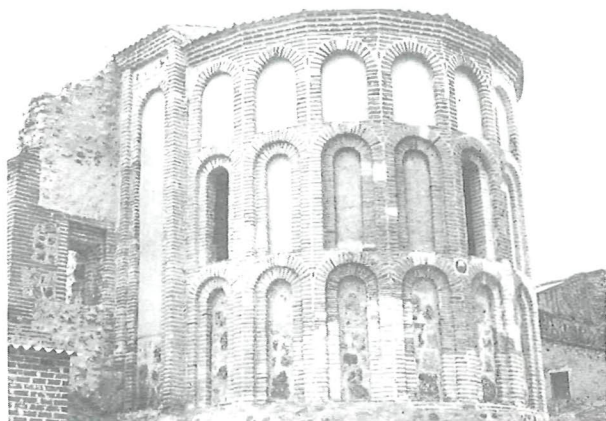
La torre, de propiedad particular, tiene un cuerpo inferior ciego, de mampostería encintada y entre verdugadas. Sobre él se levanta otro, con un par de arcos ciegos en sus cuatro frentes, motivo que se repite en el superior sobre el que estaba el cuerpo de campanas ya desaparecido.

En conjunto recuerda bastante al campanario de San Sebastián de Segovia y no hay otro igual en Cuéllar.

Bibliografía: Gil Agüero, *et al.*, p. 55; Gil Farrés, p. 10; Quadrado, p. 518; Velasco Bayón, pp. 133, 134, 231, 346, 427 y 457.

CUELLAR

Iglesia de Santiago



Se levanta arrimada al exterior de la ciudadela y junto a la puerta de su nombre. Se le menciona por primera vez en 1244.

Poco queda del cuerpo de la iglesia —en cuyo solar se ha construido una casa— que posiblemente constara de tres naves, muy estrechas las laterales, según constante local, si de la cabecera, cuyo interior alberga las ruinas de una vivienda.

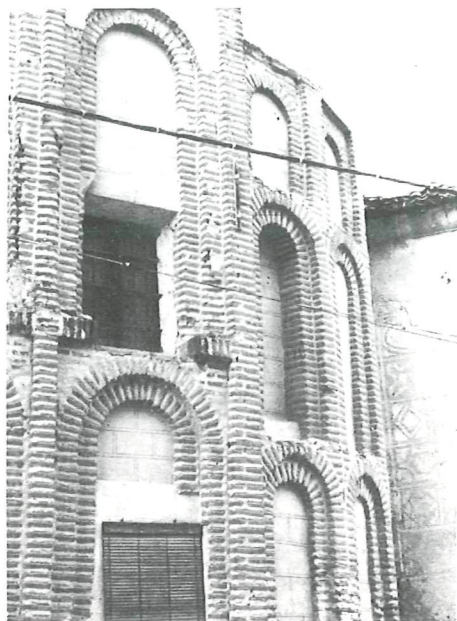
Consta de un tramo recto y ábside curvo. Se inicia aquél con el arco triunfal, de tres roscas al exterior y dos al interior, sobre impostas de nacela y le subdivide otro fajón doblado. En los lados se disponen arcos ciegos. La bóveda es de medio cañón sobre imposta de nacela. Lo más singular es el ábside, único en Cuéllar y en casi toda la provincia, por la presencia de arcuaciones al interior, dispuestas en dos pisos: siete arcos sencillos y encuadrados en la parte baja y otros siete doblados en la alta. Los escombros y ruinas de la vivienda no permiten obtener una visión en conjunto ni reparar en ciertos detalles.

Al exterior, el tramo recto lleva arcos ciegos que se alzan desde el zócalo a la cornisa y el ábside se quiebra en nueve paños, con tres pisos de arcos, doblados los dos inferiores, que apoyan sobre un alto zócalo de piedra. El fondo de las arquerías es de mampostería encintada en el primer piso y enfoscada en el resto.

Bibliografía: Quadrado, p. 518; Velasco Bayón, pp. 130, 133, 134, 231, 429 y 457.

CUELLAR

La Santísima Trinidad



Del antiguo convento de trinitarios, hoy de propiedad particular, queda la iglesia convertida en vivienda. Se menciona por primera vez en 1322.

Los trinitarios reaprovecharon un templo anterior del que subsiste el muro exterior de la cabecera. Se ordena éste con dos pisos de arquerías ciegas, dobladas, que descansan sobre un alto zócalo de mampostería (?), y un tercero de recuadros que cobijan arquillos. El número de lados fue de nueve. No hay impostas ni vestigios de la cornisa.

El tramo recto lleva dos pisos de arquerías que recorren todo el alto, produciendo una gran sensación de esbeltez.

Bibliografía: Gil Agüero, *et al.*, p. 55; Velasco Bayón, pp. 133, 134, 153, 229, 234, 379, 381, 442, 453 y 482.

CHATUN

Iglesia parroquial de San Andrés

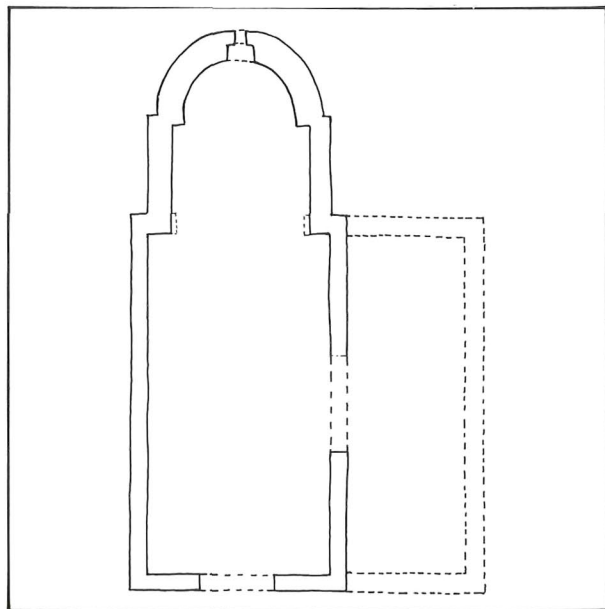
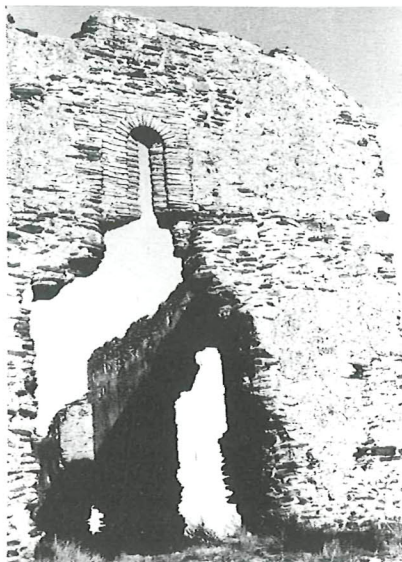


Modestísimo edificio al exterior completamente revocado y encalado, con una espadaña de ladrillo, barroca, en la cabecera.

Consta de una nave cubierta con buena armadura del siglo XVI, de tradición mudéjar, y cabecera rectangular con bóveda de medio cañón apuntada sobre arcos fajones. Todo ello así mismo enfoscado. La cornisa de dientes de sierra al exterior, así como la zona donde se encuentra esta parroquia, inducen a pensar en una estructura mudéjar del siglo XIII.

DOMINGO GARCIA

Ermita de San Isidro



En el escarpado cerro de su nombre, junto a los grabados rupestres de la Edad del Bronce que dicen de un lugar tradicionalmente habitado.

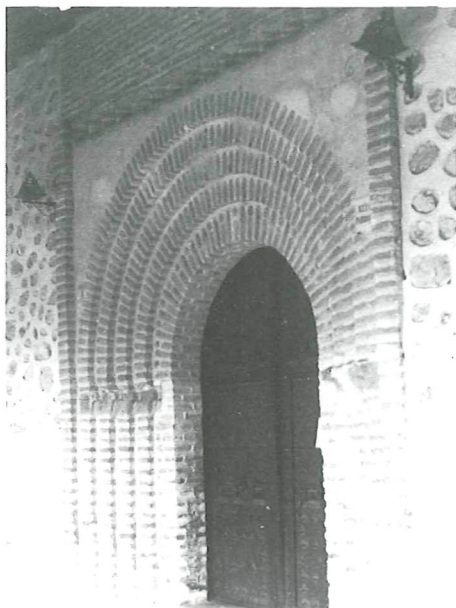
Su fábrica es exclusivamente de lajas de pizarra encofradas en tapias, sabiamente trabadas en los ángulos, lo que ha evitado el desplome de los muros. El ladrillo, casi perdido por completo, se redujo a los encuentros de la nave con la cabecera, pero no a las esquinas de la fachada occidental, y al recercado de huecos. Posiblemente por su reutilización ha desaparecido de las portadas, que se abrían en las fachadas occidental y sur, produciendo enormes boquetes que no llegan a poner en peligro la fábrica por la fuerte consistencia de las tapias.

Consta de una nave rectangular y cabecera con tramo recto y ábside curvo. Se cubría aquélla con armadura y la cabecera con bóvedas de medio cañón y de cascarón. Tanto al exterior como al interior estuvo enfoscada, pero hay que imaginar la bicromía de la cal y el ladrillo, tan consustancial al mudéjar, pues no queda ni rastro de los ladrillos que reforzaban los encuentros y configuraban el arco triunfal e inicio de la bóveda del ábside. Incluso se arrancaron de la ventana del mismo. Hoy, tan sólo persisten en la ventana de la fachada occidental, sostenidos, como por milagro, en el aire. Nada sabemos de las cornisas, tal vez lajas de pizarra como en las otras ermitas.

Tuvo atrio al lado sur.

ESCARABAJOSA DE CABEZAS

Iglesia parroquial de San Benito Abad



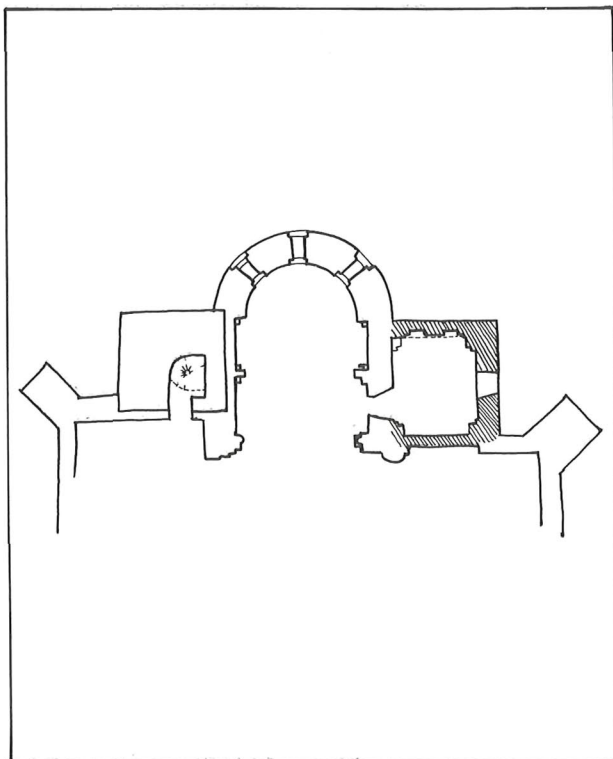
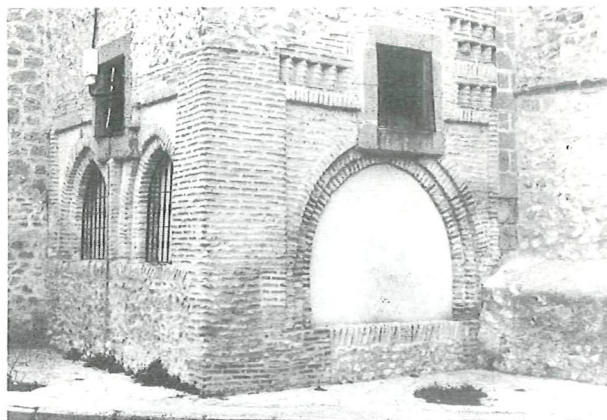
La iglesia parroquial de este pequeño municipio es un testimonio elocuente del grado de expansión que llegó a alcanzar el románico de ladrillo por las tierras llanas de la provincia de Segovia, y de cómo muchos de los actuales templos de estilo barroco están contruidos sobre o en sustitución de otros más antiguos.

Por un deseo que se nos escapa, solamente justificado por el cariño hacia la vieja parroquia, testigo de tantos acontecimientos luctuosos y festivos, fue respetada la portada cuando en el siglo XVII decidieron reconstruirla, según la moda barroca imperante.

Se abre aquélla en el lado sur y es una buena muestra del tipo ya conocido. Cinco arquivoltas de ladrillo, la primera de doble ancho que las restantes y sin imposta, y las otras con imposta de nacela, configuran un armónico arco de medio punto recuadrado por alfiz con ladrillos esquinados. Las enjutas blancas y las llagas bien tratadas, con cuidado exquisito en la primera rosca, contribuyen a la gracia del conjunto.

FUENTEPELAYO

Iglesia parroquial de Santa María la Mayor



La parroquia de Santa María responde a varias campañas constructivas que se escalonan desde el siglo XII al XVI. En 1535, trazaba el soberbio coro Juan Gil de Hontañón, hermano de Rodrigo, timbrado con las armas del obispo D. Diego de Ribera, a quien se debe el inicio de la catedral segoviana. En la fachada norte se abre una portada gótica, que lleva esta inscripción *Pase año de 1523*. Está muy destrozada lo que unido a la fecha, que coincide con el gobierno de la Diócesis de D. Diego de Ribera, hace sospechar que se trate de portada de la fachada occidental de la antigua catedral de Segovia, destruida durante las guerras de las comunidades, y que es obra de Juan Guas.

Adosada al tramo anterior al ábside románico, por su lado sur, está la sacristía, espacio rectangular cubierto con bóveda de sillarejo y de medio cañón apuntado. En el muro sur quedan dos arcos doblados y apuntados, recuadros por alfiz y apeados sobre un plinto, y en el lado este otro de mayor luz y tres roscas, todos de ladrillo, restos del atrio mudéjar añadido en el siglo XIII al templo románico.

Lo más peregrino es la multiplicación de impostas de esquinillas, tanto al interior como al exterior, de cuatro, tres y dos ladrillos sucesivamente, alternando con otras a sardinel, de lo que no recuerdo otro caso similar en la provincia.

Bibliografía: Arribas Arribas, S.: *Fuentepeelayo*, p. 84 y ss. Segovia, 1984; Gil Farrés, p. 12.

